

Primavera



*Plus
Mlle*

ETIENNE-
RENO



Plus Ultra

AÑO II.

BUENOS AIRES, SEPTIEMBRE 1917.

NÚM. 17.



VISITANDO EL SALÓN

GOUACHE DE ALONSO

ENRIQUE LARRETA



Cuando el auto entró en la Plaza de Belgrano, hizo una curva perfecta en su trayectoria y paró en seco; habíamos llegado a la casa de don Enrique Larreta, ex ministro plenipotenciario en París.

Basta sólo escuchar el nombre de este ilustre argentino,

para que acudan a nuestra memoria sus merecidos prestigios de escritor, de diplomático y de hombre de mundo. La prensa de Europa y América nos lo ha ido dando a conocer como gran señor y como artista. Su obra personal, durante los diez años que estuvo representando al país en la capital de Francia, puede concebirse de altamente patriótica y benéfica para los intereses nacionales, mereciendo por su temperamento excepcional y sus envidiables condiciones literarias, ser conceptuado como uno de los sudamericanos más representativos de la época presente.

No hacen falta, en verdad, grandes argumentos para justificar nuestras anteriores palabras, ya que habrá muy pocos que no conozcan la inmensa labor de acercamiento espiritual entre los pueblos latinos de ambos continentes, realizada durante su larga y provechosa actuación en el viejo mundo. Prueba de ello, es el homenaje de admiración y simpatía que a su salida de París le tributaron oficialmente las Cámaras legislativas de la gran República.

Nosotros, guiados por el deseo de conocer sus opiniones y proyectos, hemos venido a visitarlo.

Cuando llegamos ante él, don Enrique nos tiende la mano con discreta y amable afectuosidad. Es alto y delgado; su figura, sus ademanes, su manera de vestir, todo lo que ayuda a formar un juicio rápido de las personas que vemos por primera vez, tienen en don Enrique una perfecta armonía de conjunto, que nos induce a reconocer en el momento su carácter de hombre moderno y refinado. Pero sobre todas esas pequeñas cosas que descubren nuestra curiosidad, lo que más llama la atención de quien lo escucha, por poco sentido de observación que tenga, es el exacto valor de sus palabras. Las cosas más simples, los episodios de la vida diaria, por ejemplo, contados por él se revisten de un encanto sutil. Y es que conociendo la importancia que tiene en la vida el arte de la conversación, sabe aplicar como nadie en sus relatos lo anecdótico y lo pintoresco.

A pesar de haber llevado el propósito de concretar nuestra visita al tiempo indispensable, ésta se ha prolongado más de lo convenido. Cerca de dos horas hemos estado conversando de viajes, de literatura, de arte... Y lo más curioso de todo, es que no hemos sabido sino una mínima parte de lo que queríamos saber. A la mayoría de nuestras preguntas, formuladas en el sentido de evitar discretas evasivas, nos ha contestado con una sonrisa amable, con una reserva cortés, con un hábil cambio de conversación, alejándose siempre del terreno propicio a las confidencias imprevistas. De este modo ha transcurrido el tiempo, dejando en nuestro ánimo la impresión de sus finezas, de su trato exquisito, de su arte para agradar a todos.

Don Enrique Larreta procede de una familia vasca, residente hasta fines del siglo XVIII en la Villa de Andoain, donde aun existe el antiguo solar; éste, que se denomina palacio de Azelain de Larreta, está situado en un bello paraje a orillas del río Oria.

De dicha casa, salieron los fundadores del apellido en América, estableciéndose desde su venida

en la ciudad de Montevideo. Un Larreta formó parte del grupo de oficiales que vinieron a Buenos Aires para luchar contra las invasiones inglesas en 1806. Es biznieto por línea materna del ilustre general vascongado don Manuel Oribe, presidente de la República Oriental, entroncado por origen al célebre Mariscal de Viana, primer gobernador de Montevideo.

Tratando de justificar sus aficiones artísticas, pone como precedente la profesión de cierta figura perteneciente a su linaje; en efecto: uno de sus antepasados, de procedencia italiana, se llamó Felipe de Contucci (Sanzovino) que es el nombre de un gran escultor que figuró entre los famosos iniciadores del renacimiento en Florencia.

Tratando los temas de arte, expone ideas originales, dignas de ser aprovechadas. Para él, toda manifestación que tienda a destacar la personalidad artística del país, debe ser orientada hacia la tradición, hacia el pasado. Con exacto sentido de lo que vale la generación argentina actual, hace un elogio sincero de gran número de artistas, cuyas condiciones y buen gusto son una promesa para el porvenir de la patria. «Aquí necesitamos,

guedades, cerámicas y otros objetos debidos a la industria española, siendo probable que el Duque de Alba venga a inaugurarlas, como presidente de la agrupación de Amigos del Arte de Madrid.

Hablando de cómo se despertaron sus aficiones literarias, nos dice el mismo don Enrique:

«Cuando yo era todavía muy niño, había entre la servidumbre de mis padres una moza de Galicia, que en las noches de invierno nos contaba antiguas leyendas galaicas, de esas que don Ramón del Valle-Inclán nos ha dado a conocer más tarde en admirable prosa castellana. Aquellas historias de santos, aquellas pavorosas narraciones de bandideros, de brujas y de aparecidos, dejaron en mi ánimo una impresión que conservaré mientras viva. Dominado por ese sentimiento y después de ensayar algunas cosas que no llegaron a publicarse, empecé a madurar la idea de escribir una novela americana. Como principio de dicho plan y con el fin de documentarme, estudié a fondo la conquista y la historia colonial del Nuevo Continente. Por tratarse de una novela de carácter, decidí localizar la acción en la capital del Perú, durante el virreinato del Conde de Mont-

terrey. Buscando un personaje femenino que simbolizara el misticismo de la época, fijé mi atención en Santa Rosa de Lima, cuya vida es de un insuperable idealismo poético. Más tarde, al querer encarnar la parte masculina en un tipo romántico, fui desviando el plan de la obra, cuya realización quedó postergada indefinidamente al emprender uno de mis viajes por Europa. En este tiempo fui a España para hacer un libro donde constara la descripción moral e histórica de dicha nación a través de la pintura; veía un excelente método para abarcarlo todo. Con Velázquez estudiaba la vida de la corte, con el Greco los hidalgos y con Zurbarán la vida monástica; con Murillo la devoción popular y con Ribera, que había vivido tanto tiempo en Nápoles, la vida de los españoles fuera de la península. Pero la idea de la novela, volvió a tentarme cuando visité Avila, dedicándome por entero a escribirla. Creía haber escogido entonces como un verdadero acierto dicho lugar, porque cada vez se afirma más en mi espíritu la creencia de que no hay sitio más místico y guerrero que aquella ciudad de almenas y muros monacales. Desde entonces fué tomando forma «La Gloria de don Ramiro».

Relacionadas con dicho libro se recuerdan muchas anécdotas interesantes.

Una tarde, hallándose tomando el té en Madrid con la Duquesa de Parcent, descendiente de Diego de Bracamonte, que figura en la novela, le preguntó dicha señora si asistiría al baile que preparaba la Condesa de Crescente, dama ilustre de Avila. Don Enrique la contestó que no podía concurrir porque sólo tenía amistades con el portero de la casa; y como notase la extrañeza que causaron sus palabras, tuvo que explicar que el portero había sido durante muchos años el guardián del Castillo de Oñate, donde se desarrollan algunos episodios de la vida de don Ramiro.

En otra ocasión, hallándose de temporada en Avila, salió con el mayor de sus hijos a dar un paseo por la ciudad. Eran las primeras horas de una noche de invierno. La nieve había cubierto los tejados de los antiguos edificios. Don Enrique cruzaba por las calles envuelto en una capa española y con un gran chambergo, lo que daba a su figura cierto aire caballeresco y romántico. Al volver por una de esas esquinas que son apenas alumbradas por la mortecina luz de un farol colgado ante un Cristo, se cruzó con dos jovencitas envueltas en sus mantelos, las que al verlo pasar se dijeron a media voz: «Ese debe ser don Ramiro». Y véase ahora, como por virtud de dos mozas de Avila, quedó don Enrique encarnado en el héroe inmortal de su novela.

Para terminar, y haciendo nuestras las palabras de un gran escritor contemporáneo, concretando nuestro juicio podemos decir de don Enrique, que es un hombre a la antigua, pero muy siglo XX.

VICTOR ANDRÉS.



nos dice, volver la mirada a la España de ayer, ya que por afinidad de origen todos somos sus hijos. Es en ella donde se guarda, como en cofre cerrado, la maravillosa labor artística de aquel pueblo, cuya fuerza y vigor intelectual hizo que en su época más heroica y grande se colocara a la cabeza entre todas las naciones del mundo. En vez de vivir, como ha pasado hasta hace poco, en lamentable desconcierto espiritual con España; en vez de gastar nuestro dinero en recorrer países desligados completamente a nuestra tradición, debemos visitar el solar de la raza; recorriendo sus ciudades y monumentos, buscando enseñanzas en sus museos y estudiando sus más bellas industrias, sin duda se despertará en muchos el deseo de fomentar el arte y la edificación hispana, tan de acuerdo con nuestras costumbres y necesidades. En materias artísticas, tenemos la fortuna de poseer una hermosa tradición; por eso, volviendo a la sensibilidad y a la inspiración de la raza, el estilo puede tomar formas nuevas de invención y de originalidad, que sirvan como base a una arquitectura puramente argentina». Y con el fin de que se lleve a la práctica esta idea, tiene el proyecto de iniciar una campaña entre los arquitectos y pintores nacionales, por ser ellos los más indicados para dar impulso con su ejemplo a tan sano propósito. Al mismo tiempo piensa organizar en Buenos Aires exposiciones de muebles, anti-

— Bueno; ¡se acabó! No llore más, se lo ruego; séquese esos ojitos... — Y al decir esto, el joven, con su mano nervuda y recia, como una garra o como un corvejón de fiera, acaricia amorosamente aquella otra mano que se le abandona temblorosa y tibia.

Es bella y varonil su traza. Tiene los pectorales anchos como un «mirmillón» de Galia, los ojos vivos e inquietos y un costurón rojizo le atraviesa la cara desde un arco superciliar a la barbilla, como eterno «remember», de un pasado de luchas y de violencias...

Ella le mira un instante, con sus pupilas azules cargadas de manso reproche y, después, se pone a borrar cuidadosamente las huellas de su llanto, haciendo una bolita con el pañuelo y aplicándola a sus ojos...

La presencia de su madre y de sus hermanas, que discuten en alta voz, allí, muy cerca, la llena de inquietud y de zozobra. Es la menor de toda una larga familia de mujeres varoniles y resueltas y de hombres atontados e incapaces, y no quisiera por nada del mundo, que llegasen a enterarse de su debilidad y cobardía: Aquel hombre hace de ella lo que quiere...

En su familia, los varones se mostraron siempre muy poquita cosa... Su papá fué un buen señor que se pasó toda la vida gritándole a su esposa, que no debía «ponerse los pantalones», pero dejando, en la práctica, que se los pusiese...

De sus tres hermanos, uno, murió «heroicamente», a los 18 años, asesinado por un borracho en una francachela de suburbio, y los otros dos, más jóvenes, jamás sirvieron tampoco, como no fuera para divertirse tonta y primitivamente y saquear la pobre casa en beneficio de los extraños...

¿Los cuñados? Otro tanto. Vivieron vegetando en sus empleos subalternos hasta la mayoría de edad y después de casarse continuaron ovinamente por la misma senda.

A Pablo, el marido de Inés, no se le puede, en justicia, exigir nada. Es un pobre enfermo que ya vino al matrimonio con la médula mala y va a remolque de su mujer, como fué hasta el día de la boda a remolque de su mamá y de sus hermanas. Su fuerte es el ajedrez y su debilidad la lotería.

El otro, Manuel, el esposo de Mercedes, — distinguida educacionista — es el hombre de «las grandes iniciativas»; pero con una «guigne» tan atroz en su contra, que más de una vez se encontró revoloteando como un pajarillo aturdido a las puertas de la cárcel. Al presente está ya casi entregado. Su mujer trabaja por los dos, mientras él, proyecta planes enormes haciendo «solitarios». Por otra parte, tiene cierta inclinación por el vino y le gustan las sirvientas. Uno y otro, como sus cuñados mismos y por iguales o diferentes razones, no pueden, ni pretenden tener autoridad sobre sus mujeres...

El gallo que volvió de las trincheras

FOR
BENITO LYNCH

... Cuando la niña termina su «toilette», torna a mirar al joven con sus ojos preñados de ensueño y de ternura, y le dice mimosa:

— ¡Malo!

El vuelve entonces a tomarle las manos y a colmárselas de caricias.

— ¿Malo? ¿Por qué malo?

Porque sí, porque es un malo, porque siempre quiere tener razón; porque siempre se ha de salir con la suya... El se echa a reír con su gran risa. Sus blancos dientes, brillan a la luz de la araña, como los dientes de un lobo joven.

Se la comería a besos, si no estuviese allí esa estúpida gente, que discute a gritos airados sobre todos los temas.

— ¿Y se ríe ahora?...

— No, mi vida, ¡por Dios! ¡Es que me siento dichoso al verla tan buena y tan mujer y tan digna de que uno se haga matar a puñaladas por usted!

— Y, sin embargo, me hace llorar...

— Yo no lo hago a propósito, mi reina, ¡ojalá pudiera evitarle el menor disgusto! Usted sabe muy bien cuanto la quiero; usted sabe que yo sería capaz, si usted me lo pidiese, de hacer un felpudo de mi corazón para que mi reina se limpiase en él los zapatitos. Pero hay cosas con las cuales yo no puedo transigir. Yo creo, reina, que por más enamorado que un hombre esté de una mujer, no debe perder nunca su dignidad... Usted me pide, por ejemplo, que le prometa que no he de saludar más a la señora de X, antigua amistad de mi familia, porque quizás usted está celosa de ella...

— ¡Yo no estoy celosa!

— Bueno; por lo que sea, pero, yo, aunque me es muy doloroso, no puedo complacerla...

— Porque no me quiere, porque no se le importa nada de mí.

— No, preciosa; porque si yo transigiera ahora, por esa pequeñez, acostumbraría mal a mi reina; bajaría un tramo en la doble escala de mi dig-

nidad de hombre y de su estimación de mujer y volvería a transigir mañana, por no disgustarla, en cosas mucho más graves. ¿No ve usted que si yo, por temor a su enojo, admitiese hoy esa insignificante imposición, me pondría de hecho en camino de tener que admitir más tarde las más humillantes y peligrosas tiranías? Usted no, porque es una correctísima niña, pero, imagínese usted que se tratase de una mala mujer y de un tonto de capirote. La mujer diría: «No salude más a tal señora»... Y el tonto de capirote, por temor a su enojo, dejaría de saludarla... «Tráigame todo el dinero que hay en el Banco de la Nación» — ordenaría la misma mujer en otra oportunidad, y el tonto de capirote, domado desde el primer día, no tendría más remedio que traérselo. ¿Qué le parece?

— Me parece una exageración. Usted sabe muy bien que no habrá una mujer, que quiera de veras, capaz de exigir cosa semejante.

— Convengo en ello, mi reina, pero piense que se puede querer de veras, siendo muy pícaro...

La niña tiene un mohín de impaciencia.

— ¡Caramba! — exclama — yo no sé; pero lo cierto es que los demás hombres no son así...

— ¿Cómo, preciosa?

— Así, como usted; todos son buenos...

— ¿Más buenos que yo?

— Sí, sí; le juro que digo la verdad; que todos me resultan unos santos al lado suyo.



— ¡Pero, de veras usted cree que yo soy malo? —
 — Sí, señor; ¡es el hombre más malo que he conocido!

— ¡Ay, qué bueno! ¿Y por qué, mi reina, mi preciosa?

— ¡Estese quieto! Porque me trata mal, sencillamente; porque no me quiere...

— ¡Y dale!

— ¡Pero si es cierto! Observe sino, como es Manuel con mi hermana, como es Enrique con Petrona, como son todos.

— ¡Ah, mi vida!... esa es una cosa diferente... Yo convengo con usted en que Pablo, Manuel y Enrique, son muy buenos muchachos, pero no hagamos comparaciones... Ellos son de una madera y yo soy de otra muy distinta...

— ¡No sé por qué!

— Porque yo soy «el gallo que volvió de las trincheras».

— ¿Y qué quiere decir eso?

— ¡Caramba! Un gallo... un gallo... ¿no sabe acaso lo que es un gallo?

— ¡Qué gracioso!

— ¿No le parece que yo pueda ser un gallo?

La niña ríe, arreglándose los cabellos de color de miel virgen:

— ¿Un gallo? ¡Un tigre, me parece! Un tigre feroz...

— ¡Mala! Cuando me muera le voy a parecer un ratoncito...

— ¡Cállese! ¡No diga eso!... ¿Cómo era lo del gallo?

— ¡Ah! es un cuento, es un cuento muy bonito y muy de actualidad...

— El gallo — dijo — que volvió...

— ... De las trincheras...

— ¿Me lo va a contar?

— Si mi reina lo ordena...

— Su reina lo pide...

— Las reinas no pueden pedir; eso está en contra del protocolo...

— Bueno; empecé.

— ¡Ah, así es otra cosa!... Había una vez... ¡no! Usted sabe, preciosa, lo aficionado que soy a observar las costumbres de los animales, ¿verdad?

— Tiene un puma en su casa...

— Es cierto, preciosa, un puma y otros bichos más... porque, como le decía, siempre he tenido una gran simpatía por todos esos seres que, sintiendo más o menos como sentimos los humanos, se hallan, sin embargo, casi imposibilitados para expresar lo que sienten... Bueno; como usted sabe, tengo en mi quinta perros, caballos, ciervos, gallinas, garzas, avestruces, peludos y hasta un ñacurutú, que me trajo Salvatierra de las costas del Uruguay...

— Un guanaco también, que capturó usted mismo en la Patagonia.

— Ciertísimo, ciertísimo; no sé cómo me había olvidado; pero que me perdona el guanaco la ingratitud en atención a lo numeroso de la familia... Bueno; en una palabra, tengo una serie de bichos de diferentes especies, que me entretienen constantemente con la curiosa exhibición de sus costumbres, de sus rarezas, de sus virtudes y de sus vicios. A veces me parece que aquello fuese un núcleo social humano y yo un jefe de policía. Pero, de todas las especies animales, que hay reunidas en mi zoológico, ninguna más interesante, reina, que la especie de las gallinas...

¡Oh, yo he sacado más provecho moral de esas simpáticas aves, que provecho pecuniario habrán sacado todos los criaderos del país reunidos! Créame, preciosa, no hay bichos más parecidos a las mujeres que las gallinas, ni animales más parecidos a los hombres que los gallos... Ellas son, ante todo, débiles, coquetas, utilitarias, exclusivistas, celosas y perversas y, después de todo, abnegadas y virtuosísimas madres de familia... Ellos son pretenciosos, ingenuos, egoístas, sensuales, aprovechadores, cobardes y viles; pero no puede negarse que son también, a veces, generosos, y nobles y valientes... Es que yo creo que la vida del gallinero, como la vida social de los grandes centros humanos, llega a alterar profundamente los rasgos morales que individualizan los sexos... La existencia muelle, la pitanza fácil, los placeres a mano, por un lado, y por el otro, las escaseces y las aspiraciones y el estímulo, operan lo mismo en la sociedad que en el gallinero, fenómenos muy raros. A veces las gallinas se vuelven gallos y los gallos andan cloqueando... Usted me dirá, sin duda, que la culpa es de los

gallos, pero yo le probaré que, aunque la culpa sea de ellos exclusivamente, la sabia y previsora naturaleza, tiene todavía — por lo menos en el gallinero — elementos lo suficientemente fuertes y sanos como para contener el desorden y hacer respetar sus inmutables leyes...

— No entiendo muy bien...

— Ya lo entenderá mejor más adelante... Escúcheme: Yo tenía el año pasado, entre los ejemplares de mi corral, una gallina catalana que era el crédito de mi gallinero por dócil, por hermosa, por buena ponedora, por excelente madre de familia. Jamás se dió el caso de que se le muriese, ni se le lastimase un solo pollito y eso que había tenido más de ciento y había en el corral unas gallinas inglesas muy bravas con los hijos ajenos. Pero ocurría, mi reina, que aquella gran gallina tenía un defecto muy grave; seguramente porque era tan capaz y tan buena madre y tan señora o quizás porque estaba viendo todos los días cuán tontos y cuán inútiles y cuán infelices eran todos los caballeros de roja garzota que se pavoneaban en el gallinero, la cuestión era que había concluido por despreciarlos en tal forma, que a una amable galantería de aquéllos, respondía invariablemente con un picotazo. Y la gallina tenía razón. Al fin y al cabo, no se necesitaban muchas luces para penetrarse del convencimiento, de que unos señores, que no ponían huevos, que no «sacaban» pollos, que no peleaban siquiera como los gallos de antes, porque la cocinera había dictado leyes a propósito, para que no pelearan sino con la garganta; que unos señores que no realizaban más trabajo que el de molestar a las damas y esperar las comidas cantando impertinencias, eran unos perfectísimos inútiles. ¿Qué podía esperar de ellos la gallina catalana, aquella gallina superior, aquella super-gallina? ¡Nada, sin duda! Alguna grosería... En el mismo corral y entre los pollos más oscuros y más infelices, figuraba uno, muy raro, muy extraño, casi ridículo. Tenía el plumaje de color chocolate, las patas amarillas y el cuerpo alargado como el de un pájaro. Además estaba muy flaco y era probablemente, a esa misera flacura, a la que debía el haber escapado de la olla... Cierta día lo vió un «compadrito» de la vecindad, hombre entendido en achaques de gallos y de riñas, quien, descubriendo, quizá, en él, con su ojo experto, maravillosas promesas deportivas, me lo pidió en préstamo con gran encarecimiento. Se lo presté con la misma indiferencia con que se lo hubiera regalado para que se lo comiese si el avechicho hubiese tenido trazas de comible, y el «compadrito», al marcharse con el pollo debajo del brazo y feliz como si aquel pajarraco hubiese sido la llave de la fortuna, me dijo riendo: — «No lo sienta; que me lo llevo a las trincheras, pa enseñarlo a ser hombre!» — Yo no sé cuánto tiempo duraría, preciosa, la ausencia de mi gallo;

pero puedo asegurarle que fué de meses y que el corral no cambió, ni en costumbres, ni en aspecto con su falta. Pablo, Manuel, Enrique... ¡Perdón! quiero decir los otros gallos y pollos de mi gallinero, continuaron como antes cantando tonterías y esperando aburridos la hora de yantar, y mi gallina catalana arrimándose cada picotazo «que daba fiebre». Debo añadir que ya algunas otras gallinas más jóvenes, ilustradas con su ejemplo, comenzaban a picar también a los varones. Así las cosas, un buen día, o mejor dicho una buena noche, me anunciaron en mi casa que el «compadrito» de la vecindad había devuelto el gallo y que éste venía convertido en un hermoso y fiero animal, dorado como un faisán y con unos puños que daban miedo. Confieso, reina, que ante los hiperbólicos elogios que me hicieron de la maravillosa transformación de la bestia, estuve tentado de ir inmediatamente a hacerle una visita de cortesía; pero, como mi gallinero no tiene instalación de alumbrado, no tuve más remedio que postergar para el día siguiente la entrevista. Y, en efecto, fuí a verle bien temprano, antes de tomar mi lección de esgrima, antes de todo... y la sorpresa que me proporcionó no es para describirla... En medio del corral y rodeado de todas las gallinas sin distinción de clases ni plumajes, estaba mi gallo, o mejor dicho, un gallo, erguido y resplandeciente de oro, como un paladín antiguo. Los otros gallos formaban un grupito compacto, sumisos y cabizbajos en el rincón más lejano, y más allá, junto casi al estanque de los patos, se veía el cuerpo aplanado de una gallina muerta. «¡Diablo! ¿Y eso?» Y era la gallina catalana, era mi amada gallina negra que yacía muerta, bien muerta, rígida ya, con dos tremendas puñaladas en el pecho!...

— ¿Y después?

— Y después, mi reina, he reconstruido el drama: El gallo que volvía de las trincheras, purificado de renunciamentos, de abandonos y de cobardías, entró en el corral arrogante y fiero. El jefe del gallinero por decreto de la cocinera y no por sus méritos personales, quiso hacer algo por el honor del cargo que ocupaba. Era un gallo «calzeta», hinchado de plumas y con un aspecto de cuarentón ventruado vestido de jaquet. Picoteó un grano imaginario y se vino acercando al forastero con una serie de pasitos muy sugerentes; pero, apenas mi gallo se puso en guardia, con esa parsimonia y aplomo que delatan una larga experiencia en los peligros y en el noble ejercicio de las armas, y erizó las recias cerdas doradas de su cuello a la manera de una rodela antigua, el rey del gallinero hizo espontánea abdicación del trono y fué a reunirse con los otros gallos en la penumbra de aquel rincón neutral a que he hecho referencia. Estaba para comer, para gozar y para divertirse, pero no para «jugarse el cuero» por los ojos de una gallina... Al ver que nadie se oponía a su entrada,

que no había caso de pelear allí, mi gallo, tranquilizado, quiso en seguida ser tan amable con las señoras presentes, como correspondía a su educación, a su juventud y a su gallardía; pero, la desgracia quiso que tropezase con mi gallina favorita... Ella, engañada sin duda, creyó que él era un gallo como los otros y se dispuso a atacarlo bravamente, y él, que regresaba de las trincheras, en donde sólo pelean los gallos, se equivocó también y tomándola por un gallo, la dejó muerta en el primer envite, de dos puazos certeros...

— ¡Qué gracia! ¡Con una pobre mujer!... ¡con una pobre gallina!... quise decir...

— Preciosa mía; él no sabía que era una gallina. Ella lo engañó, con su actitud, porque lo recibió como un gallo.

— Muy bien; pero de todos modos era una gallina, y una buena gallina; usted mismo lo dijo antes...

— No lo niego, preciosa; pero de cualquier modo ella tuvo la culpa. La naturaleza es madre, sin duda, pero una madre severa, a la que no se puede burlar impunemente!

Hay un corto compás de silencio. El la mira sonriente y ella, con la cabeza inclinada, juega, pensativa, con sus anillos.

— ¿Ha entendido, preciosa?

— Sí... pero usted no ha estado en las trincheras...

— No; pero he estado en las trincheras de la vida seria, a donde me llevaron a los quince años y en donde, para el caso, se aprende mucho más que en las otras trincheras, reina mía!...





uadros del uburbio

— Sentémonos a la diminuta orilla de este arroyito más plateado que El Plata, a la sombra de la ciudad; sentémonos y, gravemente, emprendamos un diálogo filosófico, un «chamuyo» metafísico, que dure el breve espacio de un cigarrillo.

— Aunque, en lugares de conversación, yo prefiero el fresco brocal de un vaso desbordante de vermouth, acepto el sitio y te escucho. Inicia el diálogo.

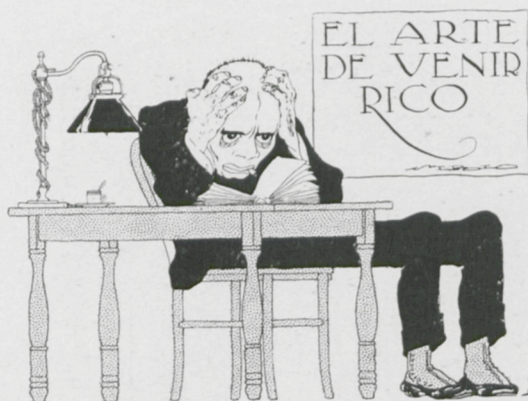
— Se me ocurre sostener que no hay ciudades abiertas, pues todas tienen murallas, unas de cal y canto, invisibles, espirituales las otras.

Todos los muros, compañero, son defensa y cárcel al mismo tiempo: nos aprisionan y nos guardan, custodian a la ciudad contra el enemigo y al campo contra la ciudad.

— ¿A qué muralla te refieres?

— A la que aísla, a la que con muda elocuencia nos dice que ante ella está el enemigo, cuando el enemigo se halla tras ella, a nuestro lado. En este sitio donde la urbe termina, se esfuma, hay un lienzo del imaginario muro; una bocacalle le sirve de puerta, un arroyuelo, de foso. Aquí donde la vaca se asoma a la campaña, añorando el prado, corre ese muro que tiene dos filos.

Todo esto quiere decir que la villa es un gran campamento donde se nos retiene cautelosamente, donde creemos estar a gusto. Mírala. La enorme villa es solamente desde aquí un resplandor que brota detrás de esas casitas, como una hoguera interior. Los invisibles centinelas de los invisibles bastiones prohíben la salida y guardan el acceso en nombre de una civilización equivocada.



El verbo venir se emplea en diversas acepciones, señal de que es irregular. Una de ellas, en la acepción de ir, — pues los extremos se tocan, — como cuando al ser llamados respondemos: «Ya vengo». Sin embargo, «venir rico» es ya un modismo cocoliche, perteneciente a la numerosa familia de los «venir sordo», «venir gordo», etc.

Una vez, pasando por una «gran quemazón» de libros, vi a la entrada, sobre una mesa que indudablemente se había salvado de la quemazón de alguna mercadería, un montón de libros, de diversos títulos, autores y formatos, coronados por un letrero que decía: «Cualquier cosa, 10 centavos». Uno de los libros, cuyo autor decía ser «Un rey del dinero», se titulaba «El arte de venir rico».

Se me ocurrieron muchas reflexiones. Una de ellas era que «venir rico» es un modismo cocoliche. Pero siendo que aquel era el arte de venir rico, y no el arte de evitar estos modismos, me pregunté si no estaría reflexionando fuera del tiesto.

Examiné el volumen por fuera, porque por dentro ya tendríais tiempo de examinarlo en casa. Decía en la tapa: «Tiraje: 10.000 ejemplares». Y en la contratapa: «Dos pesos». Más tarde observé que en las grandes quemazones se venden muchos libros que mencionan el tiraje en la tapa e indican el precio en la contratapa. Antes de publicar un libro averigüé por qué las grandes quemazones tienen tanta preferencia por estas obras, y por qué los autores prefieren la tapa para el tiraje y la contratapa para el precio.

«El arte de venir rico», por dos pesos, no era caro. Por diez centavos, era aun más barato. Había en la mesita varios ejemplares, y adquirí dos. Puse el uno en el bolsillo del saco, y en el otro bolsillo el otro. ¿Por qué hice esto? Al adquirir los dos ejemplares, lo hice con una vaga idea de que podía perderse uno. Poniéndolos en diferentes bolsillos, no era tan fácil que se me perdiesen ambos. No se me ocurrió en aquel momento, que se me podía perder el saco, y que más seguro hubiera sido poner uno en cada bolsillo del pantalón.

Llegué a casa con el saco puesto, y con cada ejemplar en su bolsillo correspondiente. Me dije que era de muy buen agüero, y bajo esta impresión me puse a leer uno de los libros. Me reía mucho al leerlo, porque pensaba que, siendo iguales los dos libros, era como si estuviese leyendo los dos al mismo tiempo. Pocos se hubieran fijado en una cosa que parece tan pequeña, pero que sirve para economizar mucho tiempo.

Quedé empapado del libro. Las doctrinas del autor eran todas muy sanas. Recomendaba que todo se hiciese temprano: levantarse temprano y acostarse temprano. Yo ya hacía la mitad de esto, porque como era repórter de un diario de la mañana, me levantaba muy tarde, pero me acostaba más temprano que casi todo el mundo. El libro también recomendaba abandonar el uso del tabaco y del chope, y en fin, tenía muchos preceptos que a mi juicio provenían del Corán. Esto en cuanto a la higiene. Luego había que cuidar la ropa y el calzado, casi tanto como la salud, y que no arrojara nada a la basura, excepto la basura propiamente dicha. ¿Qué era la basura propiamente dicha? Sin duda lo que no sirviese para alimentar el fuego, — por que hay notable diferencia entre una cáscara de nuez y la película de una uva, — y lo que fuese capaz de esparcir miasmas deletéreos en la casa o habitación. Pero si uno tuviera en casa un laboratorio de química industrial, aun de la basura propiamente dicha podría sacar mucho partido.

Hago notar que estos preceptos son fundamentales del arte de hacerse rico. Si uno no cuida la salud ni la ropa, y todo lo tira a la basura, todo lo que gane será para el médico, para el sastre y para el basurero; y no se hará rico ni en setenta años. Así, pues, el autor hacía muy bien, no entrando en otras consideraciones, antes de haberse playado sobre la higiene, el vestido y la basura.

Sólo después de esto hablaba de los negocios. Primeramente se ha de ahorrar una suma de dinero, más bien más que menos de lo estrictamente indispensable para emprender el negocio que se haya decidido emprender. ¿Cuál será este negocio? «Aquel que domines a fondo, por la práctica, o siquiera por la profundización teórica del mismo.» (Esta frase: profundización teórica, me pareció muy bien hallada para expresar una idea cualquiera).

El autor citaba el caso de dos gemelos, A y B, que habían puesto un remate de muebles, martillando A un día y B el otro. A, que desde chico había asistido, primero como envidioso, y más tarde como gurupí, a todos los remates de su barrio, era un maestro del martillo, y cuando estaba de turno, entraba el dinero como Pedro por su casa. Pero cuando martillaba B, que era de oficio carpintero, perdía todo lo que A había ganado el día anterior. De esta manera, el negocio no marchaba para atrás ni para adelante.

A y B tenían otro gemelo, pues aunque habían nacido cuatro de un solo parto, el cuarto no estaba en Buenos Aires. El tercer gemelo, C, no conocía ningún negocio, pero conocía a sus hermanos, como si él mismo, aunque sólo era su gemelo, los hubiese dado a luz. Les propuso que se pusiesen bajo sus órdenes y que le diesen la tercera parte de las ganancias, y que en cambio él les garantizaba, bajo su palabra de honor, el éxito del remate. A y B aceptaron. Desde entonces el remate marchó a maravilla, debido simplemente a que C encargó a A el exclusivo manejo del martillo, y dedicó a B, el carpintero, a la compostura y reforma de los muebles. El autor terminaba con un chiste, que a mí me hizo reír mucho: «Cada uno manejaba su martillo». El autor era, en verdad, un rico tipo muy ingenioso, y no me extrañaba que pudiera titularse «Un rey del dinero». El ingenio y la ricotipia no pueden ser sino fuente de crecidas utilidades; lo mismo creo de la galvanoplastia.



Me sedujo esta historieta de los tres gemelos, hermanos de un cuarto que se encontraba ausente de Buenos Aires, y pensé en aplicar los principios y seguir los consejos del libro, creo que no tanto por venir rico como por el placer de arreglar mi vida a los dictados de un libro tan ingenioso, obra de un rico tipo. Por lo pronto, ya me acostaba temprano, y tenía ahorrados doscientos pesos, que el día anterior había sacado a la lotería, y que por imprevisión no había aún hecho efectivos. Me faltaba solamente no tirar a la basura ciertas cosas, lo cual era fácil, comprando un mueble para guardarlas, y luego examinar mis aptitudes mercantiles, o profundizar teóricamente un negocio, o inventarlo profundamente, para emplear en él mis economías. Resolví no precipitarme, y madurar bien las ideas, y sobre todo, elegir un negocio que pudiera emprenderse con menos de doscientos pesos.

¿Dije que era repórter? Pues está bien dicho. Durante mis correrías por la ciudad, vi en otras quemazones otros ejemplares de «El arte de venir rico». Parece que en esos días habían encargado en las quemazones varias toneladas del arte mencionado. Con la simpatía que yo tenía en prosa y verso por ese libro, y viéndolo ahora esparcido por doquier en este vasto centro de cultura, no es extraño que se me ocurriese la idea de acaparar las existencias, para colocarlo luego por mi cuenta, a dos pesos. Ya he dicho que en las quemazones lo vendían a diez centavos, de modo que mi negocio era de dos mil por ciento. Lo pensé bien, y decidí acaparar las existencias.

El tiempo es oro. Yo parto siempre de este principio, porque soy muy inglés en todas mis cosas, a tal punto que aspiro al dominio de los mares. Para abreviar tiempo, puse un aviso en mi diario, y hago aquí constar mi personal agradecimiento al administrador, que no quiso cobrarme, diciéndome que yo era un buen muchacho. El aviso decía: «Gran ocasión para los cambalacheros en libros. «El arte de venir rico», por «Un rey del dinero.» Compró ejemplares. Dirigirse a N. N., oficinas de este diario». Al siguiente día se me presentaron once cambalacheros, con paquetes de 20 hasta 100 ejemplares. Pero aquel día los libros habían subido, y me pedían cincuenta centavos por ejemplar. Dada una suba semejante, un acaparador de libros puede aceptar la oferta, o mandar nomalá a los

cambalacheros, pero en este caso se expone a que el libro continúe subiendo, hasta llegar al límite de dos pesos, fijado en la contratapa, y quizá hasta excederlo. Y cómo en resumen es menester que todos vivamos, y también los cambalacheros, empleé 120 pesos en la compra de 240 libros. Los otros 80 pesos los había gastado en el mueble de guardar basura y en un ejemplar del Código de Comercio, que entonces me venía de perilla. Vendidos a dos pesos los 240 libros, ganaría 360, número de grados de una circunferencia completa. Era un negocio redondo, de 400 por ciento. Con los 360 + 120 = 480, compraría más libros, y así hasta agotar la edición, y sino, hasta el infinito.

No volví a servirme del anuncio. Los libros estaban subiendo, según yo lo había comprobado personalmente, y yo no sabía si el anuncio podría hacerlos bajar. Yo no dominaba este negocio del anuncio, y era mejor que no me metiese. Cargué un paquete de libros, y me fui a ofrecerlos por los escritorios, bancos, tiendas, etc., donde quiera que a mi juicio hubiese personas ansiosas de venir ricas. Confieso que por el momento no quisieron comprarme ni un sólo ejemplar de un libro, del cual, sin embargo, yo había comprado doscientos cuarenta y dos. No me descorazoné por eso, sino después de mucho tiempo. Pero llegó el día en que debí rendirme a la evidencia de los hechos, y bajé el precio, poniéndolo a 1.95. Si no fuese que yo estaba ya tan fatigado, no hubiera sido esta diferencia de cinco centavos lo que me hubiese hecho maldecir de lleno la operación en que me había metido.

Debido a este motivo de la fatiga, me arriesgué a poner otro aviso, por el cual torno a dar las gracias al administrador: «¿Quiere usted venir rico? Compre «El arte de venir rico», por «Un rey del dinero.» Precio: \$ 1.95. Se envía franco de porte. Pedidos a N. N., en esta administración». El libro volvió a subir en seguida en todas las quemazones, donde lo pusieron a un peso, anunciándolo con este cartel: «Más barato que en ninguna parte». Pero me consta que no por eso vendieron uno solo, mientras que yo recibí de la Asunción el pedido de un ejemplar. (Y entre paréntesis: ¡qué caro es el franqueo para la Asunción!).

Abreviaré la historia, pues ya he dicho que soy muy inglés en todas mis cosas. El libro siguió bajando, hasta alcanzar los veinte centavos, pero no vino ningún otro pedido de la República del Paraguay. En su consecuencia, lo ofrecí a los cambalacheros, al módico precio de 10 centavos: 241 ejemplares x \$ 0.10 = \$ 24.10. Y — 120, 20 + 24, 10 = 96, 10. Y — 96.10 + (un mueble para basura y un Código de Comercio) = 176.10. El producto líquido de la operación ascendía así a \$ — 176,10 de curso legal = \$ — 77,484 oro sellado. (S. E. u O.)

Sin embargo, y debido a circunstancias cuya enumeración y examen no son compatibles con el lenguaje abreviado, 25 kilogramos de libros, a pesos 0,02 de curso legal el kilogramo, no me produjeron sino \$ 0,50 de curso legal, = \$ 0,22 oro sellado.

Ya no me quedaba sino deshacerme del mueble y del Código de Comercio. Aun cuando el primero estaba bien lleno de materias combustibles y saturado de algunas de ellas, fué muy mal visto en las casas de remate. Obtuve por él una suma que es un secreto de cancellería.

Pero ahora recuerdo para qué estaba contando yo esta historia. Ayer, una persona con quien trabé conocimiento hace poco, un tal Manuel Huapi, vecino del Neuquén, estuvo contándome las aventuras y peripecias en virtud de las cuales se vió obligado a retirarse al Neuquén.

— Una vez, — me dijo, — quise venir rico. — ¡Párese ahí! — le interrumpí. — Ya sé lo que hizo. Compró un mueble, lo llenó de residuos combustibles, y se puso a especular en libros.

— ¿Quién le ha contado? Pero no fué así exactamente. Escribí un libro, titulado «El arte de venir rico», y lo firmé «Un rey del dinero».

Yo me callé la boca. El prosiguió:

— Edité 10.000 ejemplares, y no vendí ni uno.

— ¿Por qué no los vendió al peso? — le pregunté.

— Claro está que los vendí al peso.

— ¿Y al mueble, qué le hizo? ¿Y los residuos combustibles?

Expresó tancándida extrañeza, que me abstuve de preguntarle por el Código de Comercio.

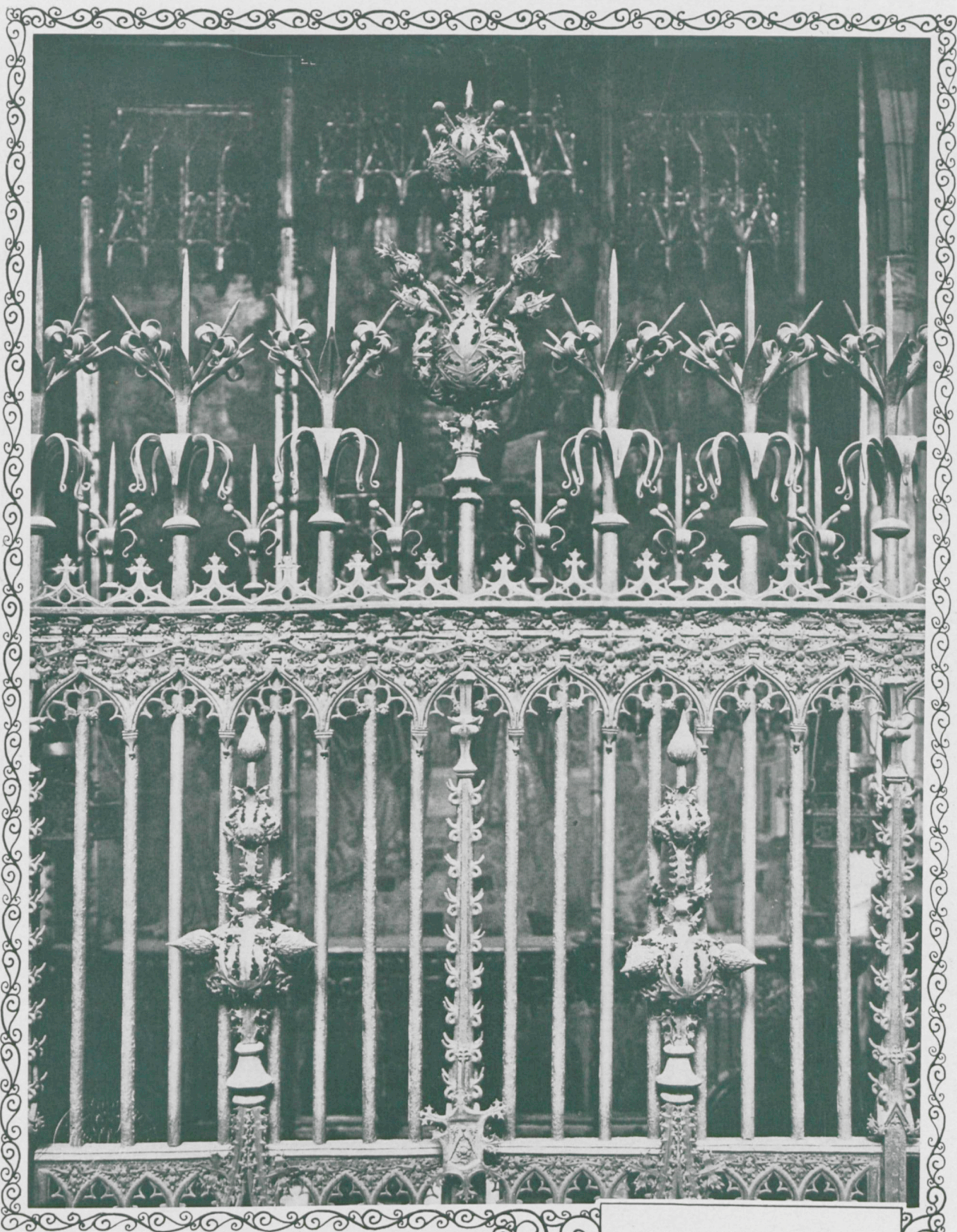
ENRIQUE M. RUAS.

DIBUJOS DE SIRIO.



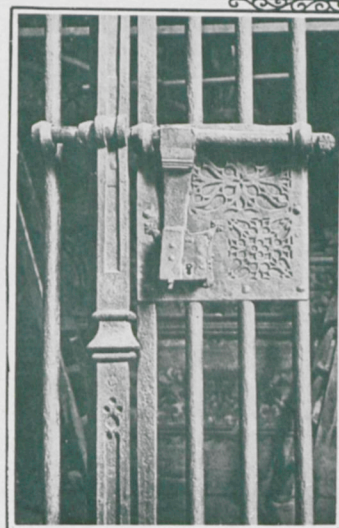
Una industria artística

El hierro forjado en Barcelona



UN TROZO DE LA VERJA DEL ALTAR
DE LA CATEDRAL DE BARCELONA.

DETALLE DE LA VERJA.



El hierro es un metal noble y fuerte. La industria a la cual se dedica cada hombre, puede ser una guía para el conocimiento de su carácter. Y esta del hierro forjado, es industria de hombres sencillos y rudos, que se identifican con la materia que moldean.

Hasta el Olimpo elevaron los griegos a sus forjadores, en el mito de Vulcano; Horacio cantó en verso latino las excelencias del hierro.

Los que en remotas edades trabajaron mejor este metal, fueron los galos y los españoles, en cuyas fraguas se forjaron las armas que dieron a la

Europa Occidental indiscutible hegemonía sobre el resto del mundo.

En la historia de este metal, aparece Cataluña en el primer puesto con la invención de sus fraguas famosas, que se empleaban con una corriente continua de aire, obtenida por otra de agua. Hoy ya son una curiosidad arqueológica, y si alguna se ve en uso, es en los pueblos de la montaña, donde aun viven en un lejano período de la historia.

Ellas tuvieron la virtud de que el hierro verdaderamente maleable, sin rugosidades, sin materias terrosas, sin fallas ni burbujas, modificara sus formas bajo el martillo del herrero artista.

Cataluña, por su situación geográfica, pudo cultivar

admirablemente este arte del metal, como todos los países situados cerca de los yacimientos mineros y de las forjas de laboreo, pero en ella la orfebrería no influyó como en los demás países, donde casi desapareció por completo la tradición artística en las artes suaviarias. Los forjadores de los maravillosos hierros catalanes parece que se corresponden con el metal, que saben interpretarlo. Manejan el hierro como una materia de relativa blandura; así como nosotros podemos moldear la cera a nuestro capricho, el forjador abre las masas férreas, hendiéndolas y retorciéndolas a viva fuerza, plasmando la forma artística que apetece.

Así podemos ver, en obras que nos admiran, como signos de fortaleza, la huella del rápido martillazo estampado en el momento febril de la creación. En los albores de la época gótica, — siglo XIII, — el período de esplendor de la siderurgia, por influencias de otras artes del metal, los hierros se laboraban martillando en estado candente contra matrices frías y duras, delicadamente vaciadas.

Ha habido en Cataluña artífices de tanto mérito como Blay y Suñol, a quienes se confió — siglo XIII — la construcción de las verjas de la iglesia de Nuestra Señora de París, que supieron hacer admirables y gloriosas. Hoy, existen tan finos artistas del hierro, que llegan a la caricatura personal, como Pau Gargallo.

Es un verdadero arte éste de la forja del hierro, en el cual también se distinguieron — en España — los caste-



REJA DE LA PUERTA DEL PASAJE DE SAN JOSÉ, EN BARCELONA.

llanos y andaluces; pruebas de ello son las rejas existentes en Granada y la de la capilla del Condestable, en la catedral de Burgos, obra de Cristóbal de Andino: arquitecto, escultor, platero y maestro rejero del siglo XVI.

Con los hierros se hacen púlpitos, rejas, candelabros, arcones, parrillas, cerraduras, morillos de chimenea, cofres, llaves, aldabones...

En todos los objetos, la fantasía se produce como corresponde a su cultura o personalidad, llegando hasta el maravilloso dragón de Gaudí en el palacio Güell. En las obras antiguas vemos reflejados ideales y creencias; tienen un raro encanto espontáneo y de ingenuidad estos leones heráldicos, quimeras, imágenes de santos...

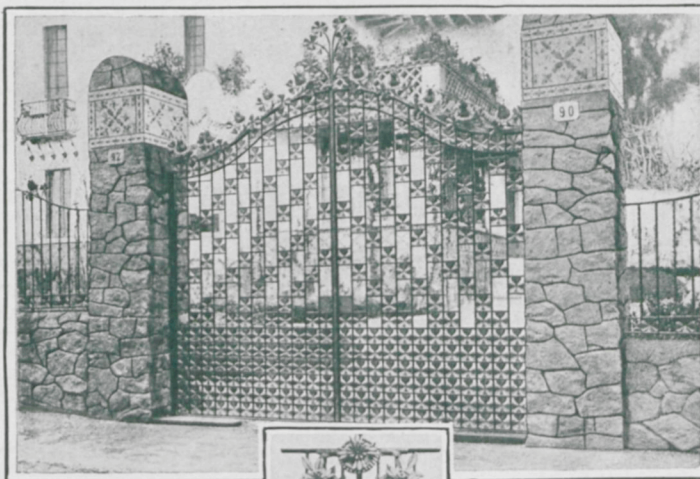
En lo que más se trabaja hoyes en rejas y verjas, que a cada paso nos admiran en la ciudad. En la catedral existen dos que pueden tomarse como obras maestras de este género: la que da acceso al púlpito y que muchos atribuyen al maestro alemán Miguel Loquer, y otra existente en el

claustro, de labor gótica, de una sencillez de conjunto pocas veces superada. Santiago Rusiñol tiene en su *Cau Ferrat*, una puerta románica de la Edad Media, procedente de la alta montaña catalana, que desconcierta por su ruda belleza. Y a propósito de esta propiedad del diverso artista catalán, hemos de decir que en ella, situada en la hermosa villa de Sitges, junto al mar, tiene la primera colección de hierros que existe en España. En ella admiramos plenamente la enorme energía de los obreros artistas que tan bien dominan la resistencia del metal. Es una obsesión de hierros: hierros, hierros...

Curvados elegantemente, moldeados a la imagen de un santo, un dragón o un ave; en forma de extrañas floraciones, follajes, lirios... Estos lirios son de una belleza simbólica: espíritu del hombre dócil y fuerte, que vence la resistencia de una de las materias más duras y rebeldes.

VALENTÍN DE PEDRO.

Barcelona, julio, 1917.



VERJA DE ENTRADA.

VILLA CAPELLA.

UN DETALLE ARTISTICO.



RINCÓN FLORIDO
ÓLEO DE MAYOL

VII. SALON

ANNUAL D'ARTE

ALGUNOS
EXPOSITORES
Y
SUS
OBRAS



EL PROFESOR DE LA ACADEMIA, HÉCTOR NAVA, LLEGADO RECIENTEMENTE DE EUROPA, DANDO LOS ÚLTIMOS TOQUES A UNO DE SUS CUADROS.



EL PINTOR RAÚL MAZZA, QUE PRESENTA DOS RETRATOS, UNO DE MUJER Y OTRO DE HOMBRE, EJECUTADOS CON SOBRIEDAD Y SENCILLEZ.



JUAN PELÁEZ, CONOCIDO DIBUJANTE Y PINTOR, CUYAS OBRAS SE DISTINGUEN POR LA SOLTURA DE EJECUCIÓN Y RIQUEZA DE LAS TONALIDADES.

En la actual temporada de invierno, muchas son las exposiciones artísticas que se han venido celebrando en Buenos Aires. Su éxito, debido en parte al interés del público y a la labor realizada por la prensa, demuestra, por más de una razón, el impulso que va tomando en el país todo aquello que contribuye a perfeccionar la educación estética del pueblo.

Obra sumamente beneficiosa es esta de los certámenes artísticos; ellos representan el esfuerzo de los que luchan por la conquista del nombre, frente a esos otros luchadores que sólo tienden a

la evolución del progreso material. El practicismo de éstos, cuyo número abarca casi el total de la población, fué creando en el ambiente algo así como un irónico pesimismo, para los que llevaban su orientación hacia las cosas del espíritu.

Frente a la general indiferencia, los artistas, es-

pecialmente los pintores, pusieron el tesoro de su voluntad, perseverando en la lucha por atraer la atención pública hacia ellos, habiendo conseguido franquear un poco la barrera que se oponía a sus más que legítimas aspiraciones.

Iniciado el movimiento de simpatía, surge una multitud que frecuenta las salas donde aquéllos exponen, buscando enseñanzas que despierten su sensibilidad y al mismo tiempo faciliten el conocimiento espiritual de la belleza.

Para el arte argentino, el acontecimiento más importante del año lo constituye, sin duda, el

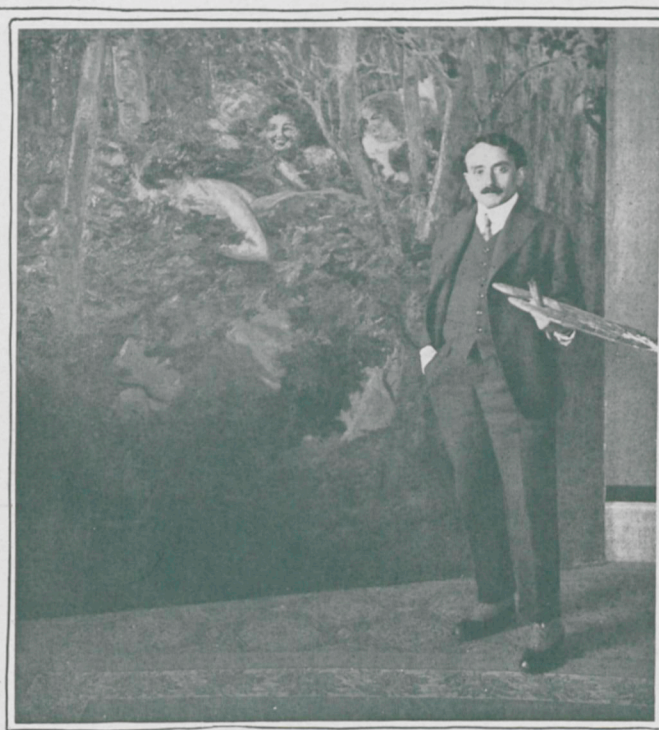


PÍO COLLIVADINO, DIRECTOR DE LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES, UNO DE LOS POCOS CULTORES DE ASUNTOS NACIONALES. SU CUADRO «EL TRUQUE», HA LLAMADO PODEROSAMENTE LA ATENCIÓN.





EL ESCULTOR CLAUDIO SEMPERE, DESPUÉS DE DAR LOS ÚLTIMOS TOQUES A SU OBRA «SAN FRANCISCO SOLANO».



EDUARDO ROSSI, EN SU ESTUDIO, PINTANDO LA «FANTASÍA DE OTOÑO», QUE FIGURA EN LA EXPOSICIÓN.



EL ARQUITECTO JORGE BUNGE, QUE CULTIVA SUS AFICIONES DE ESCULTOR, CON NOTABLE SEGURIDAD Y ACIERTO.

VII Salón Nacional, que compendia los valores y las tendencias seguidas por cada uno de los artistas que concurren.

No estando inaugurada la Exposición en los momentos de cerrar esta crónica, nos vemos privados de formular un juicio sobre ella, el que aparecerá más adelante. Por hoy nos limitaremos a exponer algunas opiniones sobre el arte y los artistas en general. Con el fin de satisfacer el interés del público y responder a las necesidades informativas del momento, hemos visitado a un número de expositores, cuyas fotografías ilustran estas páginas. En todos ellos, se nota el entusiasmo propio del que está a punto de finalizar una labor en la que ha tratado de poner algo de su espíritu y de su tendencia artística. Esto no quiere decir que estemos de acuerdo con todos los autores, ya que no es posible establecer una armonía de juicio en obras ejecutadas con distintas orientaciones y vistas a través de un subjetivismo personal. Desde luego puede anticiparse, sin peligro de mayores equivocaciones, que el Salón de este año ha de ser, si no el mejor, al menos uno de los más descolantes.

En el conjunto de las obras que cono-



NUESTRO COMPAÑERO EL DIBUJANTE EDUARDO ÁLVAREZ AL LADO DE SU PRIMER CUADRO AL ÓLEO.

ceamos, adviértese algo así como un fermento de personalismo creador, que bien pudiera ser el punto de partida donde se inicie un porvenir bien definido.

La importancia de tal descubrimiento es harto visible para que necesite comentarios; sin un precedente artístico que sirva de ejemplo y enseñanza, sin tener a mano una base que fundamente la implantación de formas y métodos originales, sin contar siquiera con elementos de crítica que ayuden al perfeccionamiento de la técnica, era casi imposible pensar en el desarrollo de ciertas facultades, donde toman vigor y fuerza los componentes del estilo. Sin embargo, entre los expositores, hay algunos que descubren un sentido de la armonía y de la belleza, digno de tomarse en consideración. El equilibrio de sus obras dice más, mucho más, que cualquier teoría bien documentada sobre el plasticismo en la pintura.

El dominio del arte no se consigue por espontaneidad, ni tampoco por procedimientos rutinarios y de consistencia dudosa; se consigue por medio del trabajo, del estudio y del método. Una vez reveladas las condiciones del artista, hay que ir cultivándolas y perfeccionán-



JORGE BERMÚDEZ, EL INTERESANTE PINTOR DE COSTUMBRES NACIONALES, PINTANDO EL RETRATO DE SU SEÑORA.



EDUARDO SIVORI, DECANO DE LOS PINTORES ARGENTINOS. SU CUADRO «LA YEGUADA», RESUCITA, POR SU AMBIENTE, LA PLENITUD ARTÍSTICA DEL AUTOR.



EL NOTABLE Y AVENTAJADO ARTISTA GASTÓN JARRY, TERMINANDO EL RETRATO DE LA SEÑORITA M. E. R. H.

dolas. El que lo confía todo a su temperamento, no consigue más que engañarse; el temperamento, lo que tenemos en nosotros de espiritual y artístico, sólo nos proporciona inquietud, deseo de perfección, ansias de libertades idealistas. Al temperamento es necesario ayudarlo con la voluntad, a fin de entrar en la lucha con algún arma de defensa. El secreto del éxito está en la perseverancia, en la fe, en el dominio de la razón sobre el temperamento.



Cuando los artistas no cultivan, por falta de constancia, aquellas cosas que se consideran indispensables para imponerse, van anulándose así mismos, hasta caer en el amaneramiento y la vulgaridad.

Un crítico dice, refiriéndose a la pintura, que aquello que no se puede aprender en nadie, es lo único que tiene valor. Esta verdad no han llegado a comprenderla aún la mayoría de los que concurren a la exposición de este año.

En los certámenes anteriores, se ha visto la influencia que han ejercido los grandes maestros del arte contemporáneo, en muchos de los jóvenes pintores argentinos. Indudablemente, para aprender, es necesario empezar imitando. Esto, que es inevitable en toda profesión, tiene en el arte sus peligros; nadie puede destacar su personalidad si no busca en sí mismo lo bueno que encuentra en la obra ajena, o sea, lo sincero, lo afirmativo, lo propio del temperamento, todo lo que constituye, en fin, la elevada categoría del artista que se impone por el mérito de su labor. Hasta ahora, pocos han sido los pintores nacionales que merezcan este título, pues con raras excepciones, todos se apartan del tema genuinamente nacional, para seguir derroteros emprendidos por los artistas

LA PINTORA ANA WEISS DE ROSSI, PENSIONADA POR EL GOBIERNO DE LA NACIÓN EN EL CONCURSO DE 1914.



Europeos ya consagrados. No olviden los pintores argentinos que el problema del arte nacional está en cada uno de los artistas nacidos en el país. La tierra argentina está virgen para el arte; su naturaleza sorprendente, sus antiguas ciudades llenas de rincones artísticos, sus tipos tradicionales y sus costumbres más típicas, están esperando la mano del pintor que las inmortalice salvándolas de la desaparición a que están expuestas, con la ola de cosmopoliti-



JORGE LARCO, QUIZÁS EL MÁS JOVEN DE LOS EXPOSITORES, QUE PRESENTA ALGUNOS ÓLEOS DISCRETAMENTE EJECUTADOS.

SU CUADRO, DE AMBIENTE COLONIAL, ES UN BELLO EXPONENTE DE SU ELEVADO TEMPERAMENTO ARTÍSTICO.

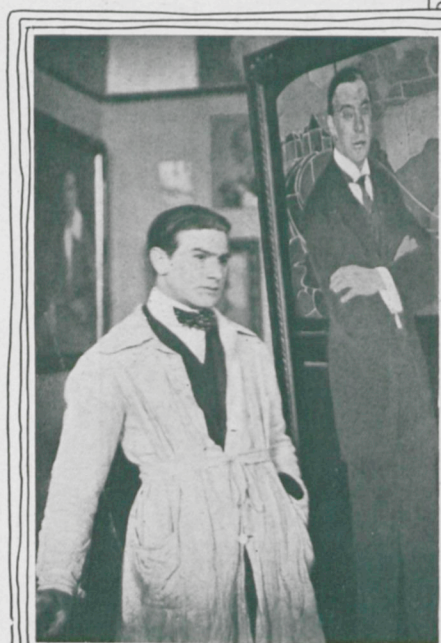
tismo que lo transforma todo.

Quizás por esto mismo, es tan frecuente la desorien-

tación de muchos pintores que, al no ver el arte donde debían verlo, se someten a influencias extrañas; así, perjudicando sus condiciones propias, se arrastran inevitablemente a la ínfima categoría de copistas más o menos hábiles, o cultivadores de tal o cual escuela.

El artista no debe influenciarse tampoco por el gusto del público, porque su finalidad debe ser imponerse por virtud de su arte, y no que el público se le imponga por virtud del medio. Eso consigue el que sólo abarca la parte mecánica de la ejecución artística, que, falto de sensibilidad emotiva, sólo procura que sus obras impresionen agradablemente, convirtiéndose por consecuencia, en instrumento del vulgo que lo admira. Los que van hacia esta orientación equivocada no merecen que se les tenga en cuenta, porque es la moda que pasa. El exhibicionismo hace que algunos de ellos consigan uno que otro éxito momentáneo, pero sin transcendencia.

El verdadero artista no siente el deseo exclusivo de darse a conocer, sino que trabaja en silencio, poniendo su voluntad, su espíritu y su



EMILIO CENTURIÓN, QUE UNE A SUS CONDICIONES DE DIBUJANTE, LAS DE PINTOR ESTUDIOSO Y SINCERO.



EL ARQUITECTO Y PINTOR ALEJANDRO CHRISTOPHERSEN; ENTRE SUS TRABAJOS, MERECE ESPECIAL INTERÉS EL TITULADO «SOL EN LA TERRAZA».



ENRIQUE PRINS, JUNTO AL CUADRO «LA DAMA DE LOS MITONES», QUE CONSTITUYE UNA DE LAS NOVEDADES DEL CONCURSO.



JORGE SOTO ACEBAL, EN SU ESTUDIO, PINTANDO LA ÚLTIMA DE SUS ACUARELAS, RICA EN TONALIDADES Y EN DIBUJO.



CEFERINO CARNACCINI, QUE PONE DE RELIEVE SU ARTE, INTERPRETANDO LA BELLEZA DE LAS CAMPIÑAS NACIONALES.

fuerza creadora al servicio de lo que forma su verdadera vocación. Ve las cosas, no como el vulgo, sino de una manera subjetiva. Podrá equivocarse, pero no anularse. Podrá también sentir las inseguridades de lo no definido; acaso, en algunos momentos, le falte a su técnica el dominio indispensable para triunfar; pero al fin encontrará en sí mismo la verdadera luz, el camino derecho que lo ha de conducir al éxito definitivo.

La originalidad es uno de los valores más estimables, pues viene a ser como la envoltura que hace destacar una obra de otra; por ella existe el contraste, y no se puede precisar con elementos externos, ya que fija de una manera determinada y visible el espíritu del autor; por este motivo es la cualidad más estimada y envidiada de todo gran artista. Son muy escasas las obras originales. Ellas forman el punto de partida que clasifica cada escuela. Entre los jóvenes que constituyen la nueva generación de pintores argentinos, hay muy pocos que hagan obra personal; pero la mayoría demuestra tener excelentes condiciones, aunque atenuadas por esa gran facilidad de adopción que le hace asimilar todo lo extraño, con perjuicio casi siempre de sus condiciones originales.

El deber de estos artistas — nos referimos a los buenos — no está en ser fecundos, sino en contribuir a la formación de



EL PAISAJISTA WALTER DE NAVAZIO, CUYOS CUADROS, DE ENTONACIÓN SUAVE, REVELAN UNA VEZ MÁS LA DISCRETA SERENIDAD DE SU PALETA.

una manera que distinga el arte nacional del europeo, cuya influencia de motivos, no de técnica, hace que esta pintura no refleje casi nunca el temperamento americano, en todo lo que tiene de aceptable, bello y original.

Como elemento importante en este caso, la crítica debiera hacerse eco de dicha necesidad, que encierra el verdadero problema de la moderna orientación pictórica argentina.

Harto sabido es que la falta de cultura artística que se advierte en la mayoría de los que con frecuencia hacen las reseñas de arte, conduce al evidente desconcierto que entre ellos existe. Una crítica ilustrada, vigilante y severa no debe circunscribirse a la enumeración de las obras de algún relieve, y al elogio o la censura del autor; su misión está en hacer resaltar los valores o los defectos, descubriendo al artista que lo merezca y haciendo un análisis frío, sin tener en cuenta vínculos de simpatía, amistad o cualquier otra causa que presionen su independencia de criterio. Muy bien puede suceder que una apreciación desacertada, malogre a un artista, bien haciéndole seguir una mala orientación, o desvirtuando sus propias convicciones. La falsa crítica perjudica por igual al artista y al público.

ANTONIO PÉREZ-VALIENTE.



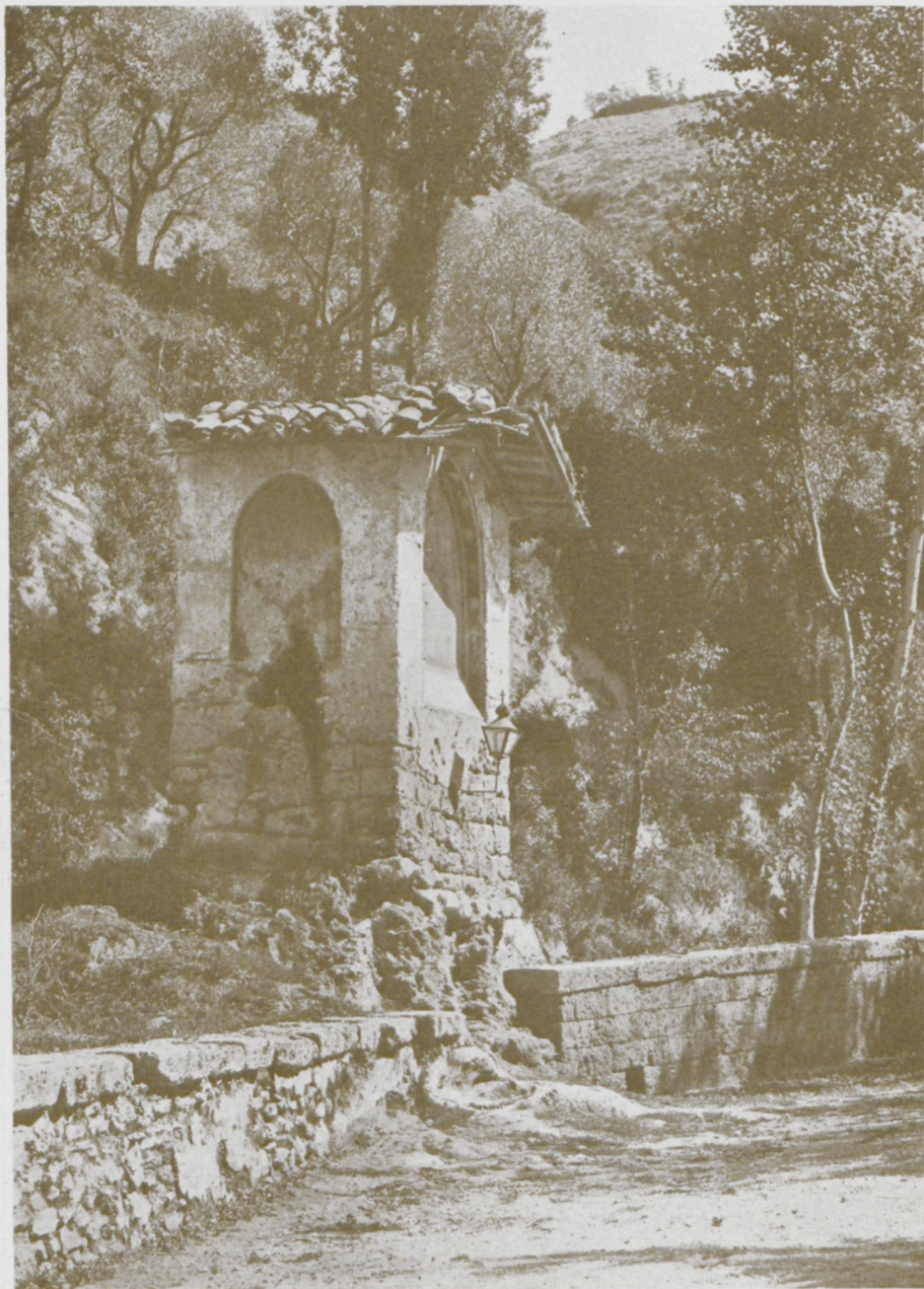
GREGORIO LÓPEZ NAGUIL, QUE DEFIENDE SU ORIENTACIÓN CON DOS RETRATOS, DONDE VENCE DIFICULTADES DE COLOR Y DE TÉCNICA.



ANTONIO ALICE, JUNTO A SU OBRA, "RETRATO DE MIS HERMANAS". ESTE CUADRO SE DISTINGUE POR LA MAESTRÍA CON QUE ESTÁ EJECUTADO.



EL SANTÓN
ACUARELA J. SOROLLA



Los "TABERNACOLI"



casos no se trata de toscas e ingenuas esculturas o pinturas, sino de verdaderas obras maestras, pues no en balde insignes artistas han contribuido con sus mejores producciones. La piedra no se ha limitado a la sola adoración, al sólo culto espiritual; se ha querido adornar los «tabernacoli», aparte de flores, con ricas diademas, exvotos y otras señales que atestiguan el agradecimiento por sucesos milagrosos o mercedes recibidas.



«TABERNACOLO» DE ESTILO LOMBARDO, CON UNA VIRGEN DE LUCA DELLA ROBBIA, EN GÉNOVA.

¡SILENCIO Y RECOGIMIENTO!

ESTE tema debo agradecerlo a una hermosa dama londinense. Un día me hizo observar que Roma es la ciudad de los «tabernacoli», y yo, francamente, quedé sorprendido y mortificado por la sencilla razón de no haberme ocurrido nunca reparar en ello. Púseme en seguida a descubrir esa clase de monumentos, empresa no difícil, porque los hay en todas las calles, para afirmar la opinión de la distinguida dama inglesa.

No existe la palabra castellana correspondiente a «tabernacoli», pues la de tabernáculo es sinónima de sagrario. Las fotografías que ilustrarán esta nota dan idea de lo que el vocablo «tabernacoli» significa para la devoción popular.

Entre las innumerables instituciones derivadas del paganismo, hay que incluir esta de los «tabernacoli». El dulce poeta Tibulo, el poeta que canta con predilección la paz de los campos, las doradas mieses, las uvas maduras, el olivo y los rebaños, invoca y espera lleno de fe altos montones de espigas y grandes tinajas llenas de mosto, porque, como dice él mismo, cumple escrupulosamente sus deberes religiosos, «pues ya sea un dios Término puesto en medio de los prados, ya una vieja piedra colocada al borde del camino y coronada de flores, yo los venero igualmente.»

Es fácil deducir de esto, que la piedad de los paganos se satisfizo con sencillos signos representativos, y con un culto aun más sencillo. Una tosca piedra, en cuanto se la coronaba de flores y se ungía con aceite, era ya una sacra imagen a la cual todo devoto prestó siempre reverente culto.

El cristianismo, al adoptar esa costumbre, substituyó las piedras con imágenes verdaderas, entre las cuales se admira la dulce figura de la Virgen, que en maternal y reverente actitud de amor acuna al Niño.

Como puede notarse, en muchos

AVE MARÍA. «TABERNACOLO» DEL COLEGIO RU-TENO, EN ROMA.



En torno a estos altares, acreditados por el prestigio del arte, no falta una literatura de floridas leyendas que cuenta milagros y prodigios. En uno, se dice cómo un viajero quedó a salvo de incógnitos asesinos; en otro, la manera inaudita que la imagen empleó para burlar la mano de un hombre vengativo; en otro «tabernacolo» hay testimonio de milagros nazarenos: devoluciones de la vista, mejoras prodigiosas o inmunidades de comarcas enteras libertadas del contagio pestífero.

Toda esta serie de acontecimientos no se halla registrada en ninguna historia, pero pasando de generación en generación, mediante tradiciones populares, contribuye notablemente a mantener viva la poesía de los «tabernacoli», a los cuales en algunos países, en diferentes comarcas, se les presta un culto especial, culto que en numerosos casos no teme la confrontación con las imágenes más veneradas en los santuarios célebres.

Al borde de los caminos, en las encrucijadas de los senderos boscosos, sobre el tronco de algún árbol, estas imágenes son el único refugio espiritual, la única guía del caminante.

Los artistas han reconocido y documentado esta poesía. Es difícil encontrar cuadros en los que figuren damas aristocráticas en trance de ofrecer a una sagrada imagen su rica ofrenda; en cambio, resulta facilísimo ver

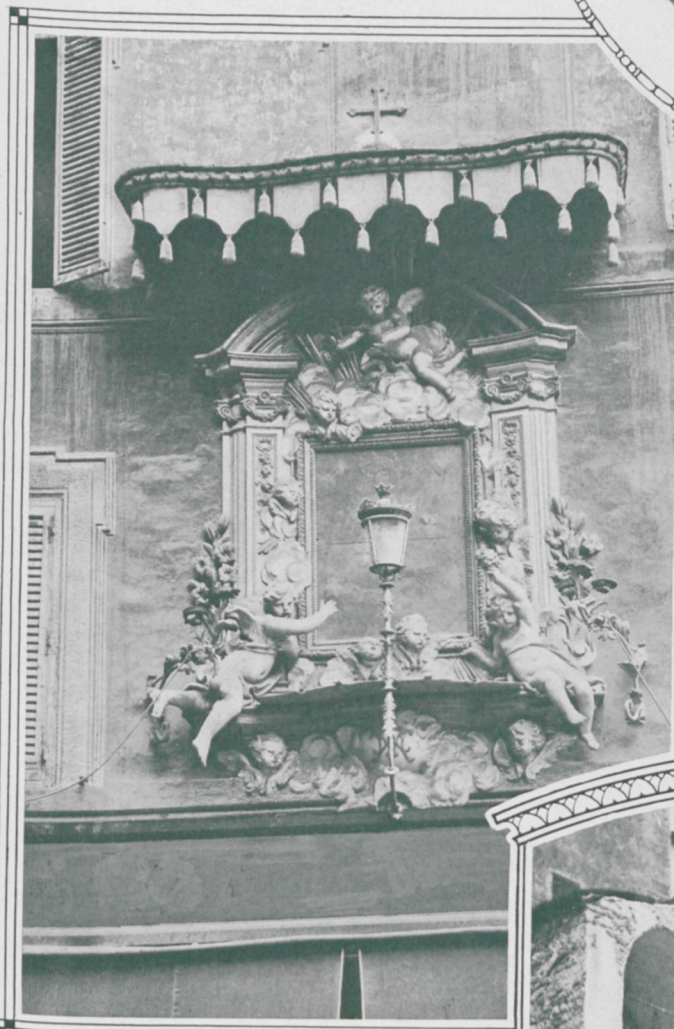
cita de la autoridad en los hechos de la vida privada, una violación del último residuo de libertad nocturna, tan cara a los ciudadanos.

Los habitantes de Roma reclamaban el derecho a la obscuridad y el privilegio de hacer su gusto, por lo menos de noche; así como ahora somos tan celosos de la inviolabilidad del domicilio y del secreto postal y telegráfico, los ciudadanos de entonces daban importancia a la franquicia nocturna, por no ser menos que los deudos morosos, a los cuales no se les podía molestar durante el transcurso de la protectora noche.

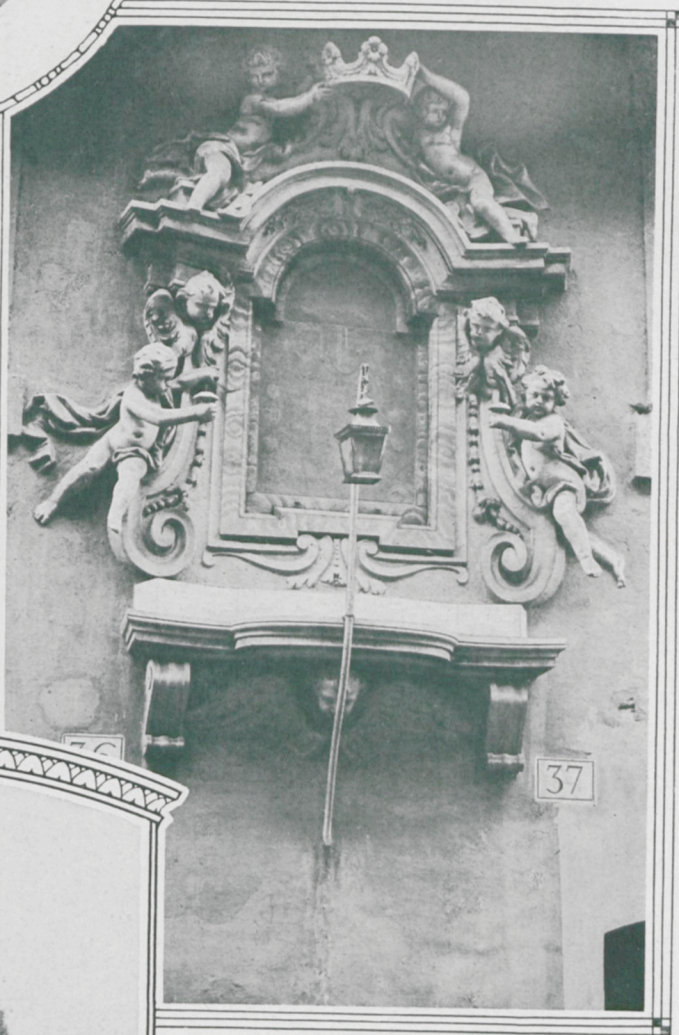
Durante ciertas horas el universo se envuelve en el incógnito; todos los seres vivientes penetran en los dominios de la obscuridad y ninguno puede arrogarse el derecho de infringir el misterio de las tinieblas, en las que periódicamente se envuelve la tierra. Así pensaban los buenos «quirites» de aquellas épocas; la odiosa innovación no sólo era acremente censurada por los humildes ciudadanos, sino también por las clases más elevadas, incluso los monseñores, damas, curiales y cortesanos de alto bordo, interesados en pasar inadvertidos durante ciertas horas de la noche. Con tal motivo es oportuno recordar que el encuentro de las comitivas noctámbulas estaba reglamentado especialmente. «Volti la lan-



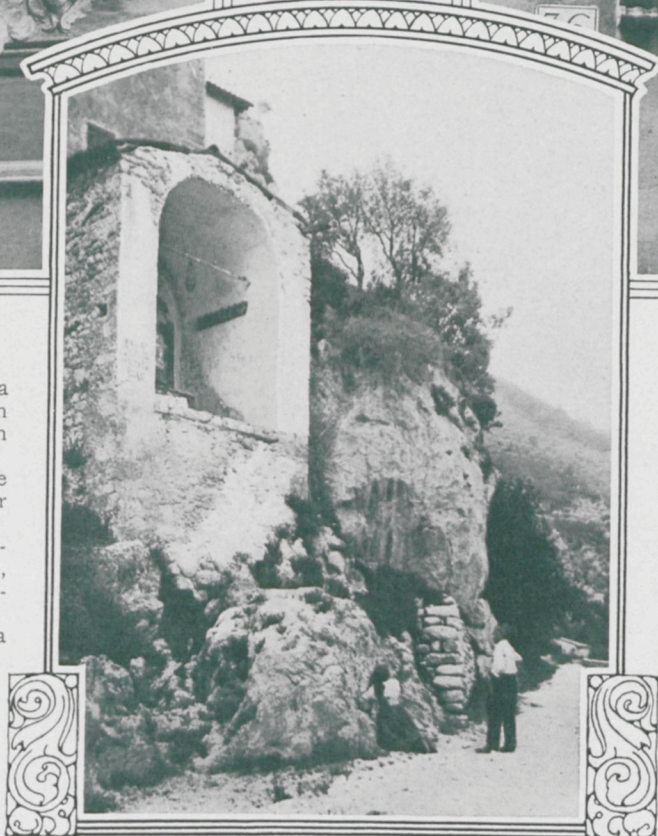
CORNISA DE UNA CONCEPCIÓN, FORMADA POR ÁNGELES, OBRA DEL SIGLO XVI, EN UNA ESQUINA DE LA VÍA DEL PRESTO, EN FIRENZE.



«TABERNACOLO» ESCULPIDO EN ROMA.



«TABERNACOLO» EN BRÖGO VECCHIO.



UNA IMAGEN EN UNA MONTAÑA DE LOS APENINOS TOSCANOS.

representada por buenos pintores la modesta campesina que enciende una lamparita ante un modestísimo ícono campestre o le corona con flores del prado.

Y, a propósito de lámparas, no estará de más recordar una particularidad ignorada por muchos, hasta en Italia.

¿De dónde trae origen la iluminación nocturna de las calles de la ciudad, o mejor dicho, cuáles fueron los primeros faroles que iluminaron las andanzas de los noctámbulos?

Es notorio que en los tiempos anteriores a la aplicación del petróleo y a la invención del gas y de la luz eléctrica, las calles de la villa permanecían sumergidas en la sombra. Cuando, allá a mediados del siglo XVIII, se quisieron introducir los faroles en la vía pública, un clamor de indignación se levantó contra el audaz proyecto de iluminar las calles de la Ciudad Eterna.

Parecía al vulgo que esto era una especie de estado de sitio, una ingerencia il-

terna», era la frase, mejor dicho, la voz de orden de los lacayos, si cualquier indiscreto osaba reconocer las figuras encapuchadas que rozando los muros desaparecían en la obscuridad.

Del mismo modo se razonaba y obraba en Nápoles. Con el fin de eludir el malhumor y las generales oposiciones, se pensó echar mano de una estratagema: dar principio al alumbrado de la ciudad poniendo los faroles ante las sacras imágenes colocadas a lo largo de las calles. Completóse el proyecto aumentando el número de ellas en razón de las luces que había que encender en todas las esquinas.

Tal es, en gran parte, el origen común de tantos altarcitos o «tabernacoli» suspendidos en el aire, junto a los ángulos de las casas, y de las innumerables Virgenes expuestas sobre la vía pública, especialmente en Roma y Nápoles.



Arte fotográfico.
Foto. Van Riel

Palabras de
conuelo

UN SIMPLE ANTOJO

POD

HORACIO QUIROGA.

Quiero dejar constancia en estas líneas de los agravios que tengo contra el Banco de la Nación Argentina.

Yo era hasta hace muy poco tiempo un hombre feliz, cuanto se puede serlo con un buen apetito y una mujer sin mayores caprichos. Hoy tengo un géyser en vez de estómago, y ella, mi mujer, tiene una idea fija. Además, está en cinta. No creo que se necesite más.

Véase ahora la obra torturadora, maquiavélica, del Banco de la Nación Argentina. Un buen día me dijeron:

—¿No le convendría un buen empleo en el Banco de la Nación? No le vendría mal, yo creo... Fuera de que los empleados de Banco son muy bien vistos.

Que me viniera bien, está fuera de duda. Pero lo de ser empleado bien visto, me fué particularmente agradable. Y parece que así es, en efecto.

Acepté el empleo. Hace de esto dos años. Recuerdo muy bien la mirada de ternura con que me acogieron mis compañeros el primer día.

—¿Usted es huérfano de padre y madre, señor?—me preguntó uno de ellos.

—Sí... más o menos...—le respondí, no sabiendo adónde iba el muchacho.

—¡Oh, no es nada!—agregó con una plácida sonrisa.—El Banco es nuestro padre.

—Si—apoyaron tiernos los demás.—El es nuestro padre.

En efecto, a los pocos días me daba cuenta de cuán hondo y estrecho es este lazo de familia. Eramos entonces 1.050 ó 1.100 empleados. Ahora apenas alcanzamos a 1.000. Y el Banco es el padre de todos nosotros.

Véase: Cuando un muchacho ha cumplido los veintidós años, y comete una absurda tontería con una muchacha de también veintidós años, no se cree obligado sino a dos cosas: a dar cuenta del fenómeno a la propia conciencia, o al padre de la muchacha. Nada más, y esto es ya bastante trabajo.

Pero aquí está el error. Puede muy bien pensar así un muchacho libre o huérfano de padres; pero jamás un empleado del Banco de la Nación. Porque el Presidente del Banco nos llama entonces y nos dice:

—O pone usted en forma sus relaciones con esa persona, o pierde usted a su padre.

Como no entendemos bien, el Presidente se levanta y da por terminada la conferencia:

—O se casa usted con esa señorita, o presenta usted su renuncia.

Esto es por lo menos claro. Y es que la dicha de ser empleado bien visto, no se compra gratis. Cuesta a veces una que otra renuncia, y alguna docena de malos casamientos. No importa; hay muchos que no tenemos padre ni madre, y nos resignamos.

Esto en cuanto al amor. Respecto de los deportes, el reglamento paternal nos enseña: «Los empleados del Banco de la Nación Argentina no pueden ir a las carreras. El que lo haga, perderá su empleo inmediatamente.»

Cuando yo me enteré de él, me eché a reír. Jamás había ido a las carreras, a no ser en los grandes premios. No era esa paternal vigilancia de nuestra moralidad lo que me iba a enojar, por cierto.

Sin embargo, me informé bien.

—¡Ni por broma!—me respondieron.—Si quiere hacer la prueba un día, ponga los pies en el Hipódromo.

—¡Gracias!—les dije.—¿Pero ni el Jefe del Control? ¿Ni el Gerente?—insistí.

—¡Nadie! Ningún empleado.

—¿Y el Presidente?

—Ese puede ser... Algún gran premio... ¿No quiere hacer la prueba usted?

—¡Otro día! Pero—agregué—supongo que antes se jugaría aquí como un demonio... De aquí la reglamentación...

—Sí... contestaron los muchachos.—Antes jugábamos un poco...

Luego, pues, el amor poco serio y el juego no son practicados por los mil y pico de empleados del Banco de la Nación Argentina. Y aquí está la clave de por qué son tan bien vistos los muchachos de ese Banco. Vicios, ninguno, pues fuera de los apuntados no los hay casi. Y los que como yo perdimos muy temprano a nuestro padre, apreciamos bien todo esto.

Los muchachos, sin embargo, me hicieron algunas confidencias. Por ejemplo, parece que los ventiladores de los Bancos se descomponen con facilidad. Los muchachos tratan de arreglarlos, y los ponen en marcha, los detienen, vuelven a hacerlos andar, y así por largo rato, estudiando la cosa. Como se aburren, ponen un número a cada paleta del ventilador, y hacen una raya en el sostén. Cuando el ventilador se detiene, hay fatalmente una paleta que se aproxima más que las otras a la raya. A esto le llaman ganar y cambian de sueldo mutuamente.

Parece que los Bancos no ignoran la cosa, y han aceptado filosóficamente que todos sus ventiladores funcionen—y funcionan siempre mal—verano e invierno.

Sé hoy cosas más divertidas que éstas. Y sé también las torturas de esta patria potestad. El caso es éste: Soy casado, como dije al principio, y mi señora está en cinta.

Nadie más que ella ignora cuán hermética es la entrada del Hipódromo para mis pies profanos. Nunca, en el más remoto de los jamás, se le hubiera ocurrido ir a las carreras. Lo que perdíamos con eso, ni mencionarlo siquiera. Fuera de que cuando se tiene un marido bien visto, se piensa antes.

Ella pensaba. Pero he aquí que sobreviene aquel acontecimiento, y un buen día me dice, los ojos inmensos de ansiedad:

—¡Duilio! ¡Quiero ir a las carreras!

Exactamente esto. Y los labios le temblaban de ansia.

Es este un modo como otro cualquiera de hacer una proposición que nos cuesta la vida, o poco menos. Ella lo sabía muy bien, y quiero creer que

había luchado como una loca consigo mismo, antes de decírmelo. Pero al fin la cosa había llegado a ser sencilla: *Que-ri-a* ir a las carreras...

Se supondrá si me defendí, si rogué, supliqué, me arrodillé; nada obtuve. La hallaba mirando al cielo, al volver a casa, y apenas la besaba se le caían las lágrimas. En la mesa golpeaba el tenedor en el borde del plato, una hora seguida, porque sí. Y el hombre no ha sido hecho para oír una hora seguida el golpeteo de un tenedor contra no importa qué cosa. De noche me despertaba con el vaivén de la cama, porque mi mujer estaba llorando, de espaldas a mí.

Fuí a ver a un médico, y me dijo una porción de pavadas. Lo hice ir a casa, y me repitió lo mismo.

Yo había tenido hasta entonces un sueño bastante feliz, y lo perdí. Había tenido un buen estómago, y lo perdí también. No me quedaba sino hablarle de mi mujer al jefe del Control. Fuí a verlo y le dije:

—Mi señora está en cinta, y desea ir a las carreras. Y quiere que yo la acompañe.

El jefe me respondió que los reglamentos se oponían. Le hice ver claro de lo que se trataba, a lo que objetó que ese caso no estaba previsto. Que en todo caso fuera a ver al Presidente.

Cualquiera de nosotros se da cuenta de lo que es ir a ver al Presidente por una cuestión de carreras. Volví a casa, y el primer domingo fuimos a ver las carreras desde el puente.

—Acaso esto—me dije—la satisfaga.

Cualquier día. Mi mujer siguió con loca ansiedad las carreras, sobre todo excitada con el clamor al entrar los animales en la recta. Pero el encanto se rompía a la llegada, pues no podíamos apreciarla bien desde el puente. Y cuando el clamor cesaba, y yo la creía tranquila ya, sentía su cabeza, muerta de desengaño, recostada en mi hombro. Y me preguntaba llorando:

—Duilio... ¿qué caballo ganó?

—Relámpago, querida... Aquel caballo que iba en el medio cuando pasaron por aquí...

Entonces lloraba más aún.

Esto lo hizo durante un mes. Al final, comenzaba a llorar ya desde la noche del sábado.

Fuí entonces a ver al Presidente, y le dije:

—Mi señora está en cinta y sufre mucho. Desea ir a las carreras, y no quiere ir sin mí.

El Presidente me respondió que el reglamento era inexorable, y que no se podía saltar por encima por cualquier pretexto.

—¿Cómo pretexto?—abrí los ojos.—Si quiere ver a mi señora...

—He dicho pretexto como podría decir cualquier cosa—se corrigió.—¿Qué clase de enfermedad tiene su señora?—insistió, como si no hubiera comprendido.

Yo lo miré un momento.

—Nada... está en cinta...

—¡Ah, ah!—murmuró. Y me miró en seguida con lo que podríamos llamar simpatía.—¿Un antojo?—observó.

—Sí, señor—le respondí,—pensando al mismo tiempo que Presidente y todo del Banco de la Nación Argentina, no estaba exento de que su señora pudiera estar en cinta y tener antojos a su vez.

Agregó así, más dulcificado:

—Sí, sí, entiendo... Pero esto no lo puede prever nadie, señor... ¿Quién nos dice que a las 150 ó 200 señoras de nuestros empleados no se les ocurra un antojo semejante?

Quedamos mirándonos, y me fuí como un idiota.

Vi otra vez al médico. Esta vez me dijo:

—Su señora no se va a morir por esto; pero si quiere usted que su hijo no nazca con ictericia o cualquier otro asunto de mala nutrición, lleve a su señora a las carreras.

—Sí, y al Tonkín—le respondí.—Y fuí otra vez a ver al Presidente.

El médico me ha dicho que mi hijo puede nacer con ictericia, o cualquier otra cosa por mala alimentación de la madre. Le pido que me conceda ir un día a las carreras.

Y estaba bien tranquilo y decidido a todo. Pero el Presidente estaba también tan tranquilo como yo, porque me dijo, con una sonrisita:

—Bueno, veremos... tenemos que concluir de una vez con esto... ¿Pero sabe usted, señor Joung, lo que hubiera hecho yo en su lugar, desde hace mucho tiempo?

—Lo sé, señor De León,—repuse.—Y eso es lo que haré otra vez, si mi mujer se muere y me vuelvo a casar con la viuda de un hombre que se muera también...

—Sí, es un buen remedio...—sonrió otra vez el hombre, jugando con su cortapapel. Pero nada más.

—Yo no puedo tener gratuitamente un hijo con ictericia,—me permití recordarle.

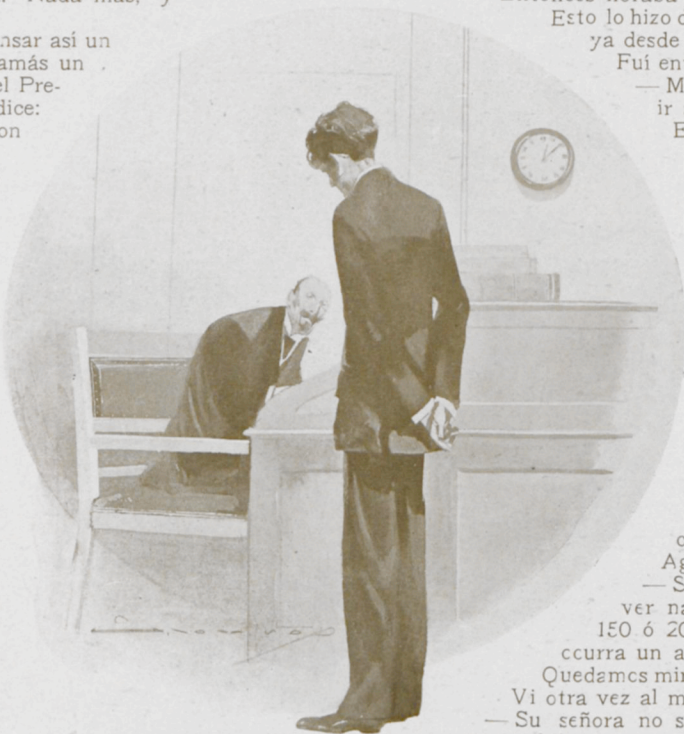
—Bueno, bueno. Mañana arreglaremos esto... Venga a las tres. Y se acabó.

Tal es mi situación actual. Son las 2.45, y estoy de codos en mi oficina, muy tranquilo. Anoche ha habido un botón mayúsculo, y hoy, 26 de octubre, tendremos punteo para rato.

Todo esto me es completamente igual. Como en un sueño, oigo a los muchachos divirtiéndose con aquella pantomima de juego de que hablé al principio. Solamente que en vez de números, las paletas del ventilador significan ahora, una sí y una no, alternadas: *lo dejarán ir... no lo dejarán...*

Esto es más sencillo. Además, se ajusta a la reglamentación del Banco. Se trata en este caso de una simple pregunta, que nada tiene de viciosa.

Pero todo esto me es indiferente. Dentro de un cuarto de hora subo a ver al Presidente, y puede ser que mañana mismo haya recobrado la paz de mi hogar, o que prenda fuego al Banco. Cualquiera cosa me es lo mismo.



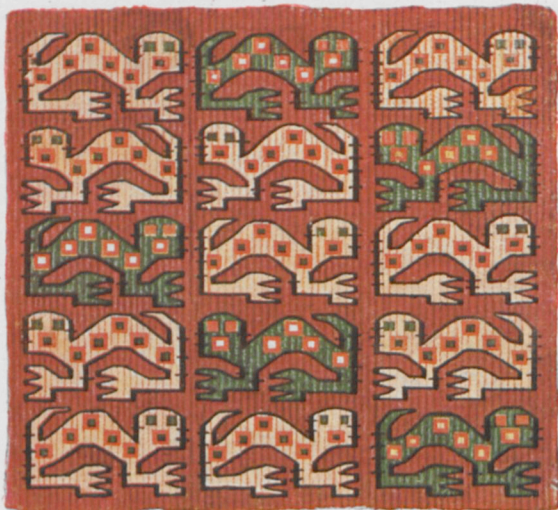
ARTE INCÁSICO



ALFARERÍA COLOREADA. HUACO DECORADO.

El Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras posee una completa y muy hermosa colección de piezas de arte incásico.

El proceso de desarrollo se detuvo en el punto en que le hallaran los conquistadores, por cierto de alto nivel, interrumpiendo su marcha, sin duda ascendente, al imponer no sólo la ley sino la substitución de los usos y costumbres indígenas por los hábitos peninsulares. Y como los usos y costumbres derivan de las creencias religiosas y de los ritos con que se sustentan o exteriorizan, y del sistema con que se organizan las sociedades humanas, claro está que siendo distinta la religión de los conquistadores españoles y diametralmente opuesto el sistema político a que obedecían y tal como era lógico que sucediese, aconteció que impusieron sus usos desterrando los propios de las razas sojuzgadas, cambio que trastornó de tal modo las cosas que el arte mismo sufrió las consecuencias, de inmediato. ¡El arte mismo! El arte es lo primero que da cuenta de los cambios y de los trastornos operados en una civilización cualquiera. Y pese a la indiferencia y al ambiente nuestro tan poco propicio al arte, él es el documento histórico más verdadero que dejan los pueblos certificando su existencia, cuando desaparecen como organismo, cuando se borran las líneas de su personalidad, y es la carta de introducción por la cual se reconocen los títulos que los pueblos pueden exhibir como derecho a la existencia y a la consideración de los otros pueblos. Cuanto hagamos en el sentido del arte será plausible y estos mismos resúmenes que se refieren a las civilizaciones autóctonas, van encaminados en el sentido de despertar, no amor a lo pasado por el gusto estéril de las cosas viejas, sino en el sentido de reconocer un punto de arranque que, con las modificaciones del tiempo y las imposiciones de gustos y de artes modernos, vengán a constituir una a manera de tradición en que se inspiren los artistas para dar a sus obras un rasgo distintivo, algo que imprima el sello de una personalidad determinada con la que se la reconozca. Lo que decimos no es simple fantaseo ni exagerado propósito americanista. No proponemos ni una arquitectura, ni una escultura incásica, pero sí vemos como muy factible el cultivo de las artes menores aplicado a objetos de uso doméstico. Los platos, los jarrones, las alfombras, tapices y adornos de tela, la madera trabajada que recordase y aún siguiese estrictamente la línea característica que se conserva en los documentos recogidos en las ruinas de las viejas civilizaciones americanas, no chocarían ni con nuestros usos, ni con nuestras costumbres. Las cerámicas y las telas trabajadas a la manera indígena resultarían de un arte y de un gusto exquisito, pues nadie discute su belleza. ¿Habría alguien que encontrase chocante, de mal gusto un servicio de loza decorado a la manera de los jarros y platos peruanos, con sus colores vivos, con sus dibujos geométricos o sus figuras estilizadas o monstruosas? En Europa hay casas que se dedican a la copia y reproducción de antiguos estilos de lozas y la moda impone su uso como adorno, adquiriendo las piezas a precios exagerados. Los servicios azules de hace un siglo, reproducidos hoy con la misma facilidad y a menor costo que en su época, se exhiben hoy en los bazares en piezas sueltas como curiosidades y se vende un candelero, un plato, una taza, una tetera a un precio de verdadera obra de arte. Entre los documentos de los museos no faltan los mode-



TEJIDOS ENCONTRADOS EN UNA TUMBA DEL CEMENTERIO DE ANCÓN.



HUACO, CON DECORACIÓN DE FIGURAS GEOMÉTRICAS COLOREADAS.

los perfectos y no creemos tarea irrealizable su reproducción. Algo de esto se procura implantar con la escuela creada en Córdoba, pero habría que ampliar el concepto de su finalidad, propiciando la industria en grande, sin echar en olvido lo más nuestro, lo calchaquí, con piezas también utilizables.

Pero nos desviamos de nuestro asunto, aunque sin alejarnos demasiado, sin duda, pues que vamos al propósito de crear algo que modificando lo existente caracterice un arte americano y quizás nacional. En cuanto a éste, es cuestión de tiempo y de artifices, pues nada recibe la señal imborrable del individuo como esto de las artes de aplicación, como nos lo demuestran las cerámicas y las telas incásicas. Claro que esta individualización no se refiere al trabajo personal hasta el punto de poder señalar al autor, como sucede en las producciones más o menos modernas y en las obras de las civilizaciones europeas. En éstas, la vanidad personal se esfuerza por imponerse. En los incas, el individuo persona desaparece, y lo que se impone es el individuo pueblo o región. Los productos del arte de la montaña, no son los mismos en su estilo, que los de la costa o de las regiones de los valles o de los bosques. Cada estilo muestra caracterizaciones de costumbres e inclinaciones regionales, y si fuese posible rastrear en el arte peruano, seguramente se determinaría la influencia que fué ejerciendo el pueblo de los incas en los que poco a poco fué conquistando y sometiendo al influjo de su religión, de su lengua y desus instituciones. La Conquista, que acabó con el imperio, detuvo el arte. Este revela que la civilización había alcanzado un alto nivel, pues no se llega a las estilizaciones y a la caricatura, sino mediante un largo proceso que sutaliza las inteligencias y refina la mecánica.

Siguiendo a los historiadores modernos, repetamos que la civilización peruana nació en el valle del Cuzco, que según Garcilaso significa «ombligo», es decir, en el centro del Perú. Al imperio de Tawantinsuyu o «las cuatro partes del mundo», se le asignan límites tan extensos como los que comprende siguiendo toda la costa del Pacífico, el grado dos de latitud Norte hasta el treinta y siete de latitud Sur, es decir, desde Quito hasta Valdivia. El límite oriental variaba según las regiones. Garcilaso dice que nunca pasó de 120 leguas la anchura del imperio. El origen, según las tradiciones vulgares, fué el siguiente: Hubo un tiempo en que las antiguas razas del continente americano vivían en deplorable barbarie. Adoraban casi todos los objetos de la naturaleza, la guerra y el exterminio de los enemigos era su ocupación y el manjar más apetecido de sus festines, la carne de los cautivos. «El sol, gran antorcha y padre de la humanidad, compadecido de tanta degradación envió a dos de sus hijos, Manco Capac y Mama Oello, para congregarse a los naturales en habitaciones y enseñarles las artes de las vidas civilizadas». Aquella celestial pareja, hermanos y marido y mujer, atravesaron las altas llanuras que rodean el lago de Titicaca, llevando una cuña de oro. Su residencia debían fijarla en el sitio donde el emblema sagrado penetrase, sin esfuerzo, en la tierra. A poco de haber entrado en el valle del Cuzco, descubrieron el sitio propicio a la realización del milagro, pues la cuña hundiéndose y desapareció en la tierra. Los hombres aprendieron la agricultura de Manco Capac, y las mujeres el tejido y el hilado de Mama Oello.

En la civilización incásica la agricultura fué la base del edificio político. Las tierras del imperio y las que se fueron ad-



OTRO ESTILO DE ALFARERÍA COLOREADA.



quiere por la conquista, dividíanse en tres porciones. Una, destinada a las necesidades del pueblo; otra, a las del Inca y su nobleza, y la otra, a la divinidad. El hombre que había alcanzado las condiciones de capacidad suficiente para subvenir a las necesidades de la familia, es decir, de cultivar la tierra y producir todo aquello que provee las artes domésticas y la mujer en situación de completar las necesidades de la misma, como tejer y fabricar ropas, etc., se unían en matrimonio a los veinticuatro y a los diez y ocho o veinte años de edad, respectivamente. En un día del año se reunían en las grandes plazas de las ciudades cuantos estuviesen en situación de casarse. El Inca, con su parentela, y los curacas con la suya y los individuos de clases inferiores en los distritos unían las manos de los contrayentes y estaba terminada la ceremonia matrimonial. Seguían fiestas en las cuales se lucían los mejores trajes y las más brillantes joyas.

Los palacios de los nobles y los templos eran magníficos, y el oro y la plata trabajados y las piedras preciosas constituían los principales adornos, así como los tejidos bordados y coloreados. ¿Cómo se desarrolló este arte de aplicación en todos los objetos útiles a la vida y a todas las ceremonias incásicas religiosas y civiles? Por pura afición a lo bello. No había dinero y las recompensas del artífice consistían en distinciones de la nobleza y quizás en los halagos del arte realizado, nada más.

El arte estaba en manos de familias que se lo transmitían de padres a hijos como los oficios. Ciertos individuos recibían una instrucción especial y vivían a expensas del Estado, sin otra preocupación, ni siquiera la de provisión de materiales.

Así se explica el haber llegado a un punto de perfeccionamiento que asombra, pues los elementos para el trabajo de los artistas eran pocos y primitivos. No conocían el hierro, y sin embargo declara Squier que «en ninguna parte del mundo he visto piedras talladas con tan matemática exactitud como en el Perú, y en ningún sitio del Perú, que puedan parangonarse con las que se encuentran en las ruinas dispersas en el llano de Tiahuanaco». Según Humboldt, la herramienta más dura hacíase con una mezcla de cobre y estaño a la que daban el temple del acero.

Los vasos ceremoniales, eran también obras de fino arte, lo mismo que las vasijas y demás cerámica y las alhajas de uso entre la nobleza y

aun entre la gente del pueblo.

Ahora bien, la creencia en la resurrección del cuerpo les instigaba a conservar los cadáveres con sumo cuidado y por un sistema sencillo que, dice Prescott, muy diferente del embalsamamiento de los egipcios. Consistía en exponerlos a la acción del frío excesivamente seco y a la delgada atmósfera de la montaña. Esta es también la opinión de Garcilaso, aunque otros autores hablan de materias resinosas, etc. Como creían que las ocupaciones de la vida futura se asemejarían mucho a las de ésta, enterraban a los nobles difuntos con una parte de sus vestidos, con sus utensilios y a veces con sus tesoros, y terminaban la triste ceremonia sacrificando a sus mujeres y a sus criados favoritos, para que los acompañasen y sirviesen en las felices regiones colocadas más allá de las nubes. Construían grandes montículos de tierra de una forma irregular, o, lo que era más común, oblonga, atravesados por galerías que se cortaban en ángulos rectos, para enterrar a sus muertos, cuyos cuerpos secos o momias han sido descubiertos en grandes cantidades, unas veces en pie y más a menudo sentados en la postura común a las tribus indias de ambos continentes.

En estas tumbas o «huacas», palabra de distintas acepciones porque también se aplica a los objetos consagrados, se encuentran bolsas tejidas, adornos, vasijas, etc. En ellas se depositaban coca, maíz tostado y pisado, bebidas fermentadas, etc.

Los tejidos y las «huacas» o vasijas, de arcilla colorada y pintadas, que reproducimos y que copian figuras estilizadas y dibujos geométricos, fueron hallados junto con las respectivas momias en el cementerio de Aucan. Pertenecían a la colección particular del doctor Salvador Debenedetti, actual director del Museo Etnográfico, que los ha donado a la institución. Las copias exactas y en colores están hechas por el dibujante señor Martín Jensen. Pertenecen a la misma colección otros objetos, como unos largueros de cuna, labrados, hechos de chonto, especie de palmera, aros con incrustaciones de nácar, silbatos, flautas de hueso, etc. Hay tejidos de lana vicuña y de algodón con dibujos en negro, restos y posible trozo de algo como una camisa.

Además de estos ejemplares de la industria incásica, la colección del Museo, que es valiosísima, contiene muestras del arte de otras regiones y estilos igualmente curiosas, que trataremos de dar a conocer oportunamente.



No sólo lo familiar, lo trivial, sino lo trágico, lo terrible, tórnense bellos al tomar sitio entre las imágenes de la memoria.
LEYES DEL ESPÍRITU — EMERSON.

Mi amigo, el viejo poeta impenitente sobre cuya cabeza cana gustan atardarse todavía, a pesar del tiempo terco, las rosas de la primavera y en cuyos ojos mansos, brilla inextinguible, como siempre, su llama sagrada la lamparita de oro, dice, mientras la tarde se ahoga como una leve mariposa, en el lago diminuto de su copa de ajeno:

— ¡El olvido!... Sé fuerte, no esperes en él. Toda la tristeza del mundo cabe en esta palabra, y la paz, por más que así se empeña en proclamarlo la inquieta sensibilidad del hombre, no es su compañera. El recuerdo es el don de los dioses; el tenue hilito de seda que nos liga a la divinidad. Voy a contarte una experiencia personal que puede serte algún día provechosa. Tómalala como un apólogo si tu sentido común pone en duda su veracidad, pero ten presente que lo imposible no es la palabra del espíritu.

« Años atrás, sobre la turbulenta juventud que fué la mía, el drama eterno y horrible de la traición deshizo en cruel granizo su nube de odio y de miseria. Quedé azorado y torpe, justamente como alguien sorprendido en plena llanura asoleada, por tempestad imprevista. Tiempo y espacio giraron vertiginosamente en mi espíritu, y el caos se hizo en mí. Ante el inexorable abismo, dos ventanas se abrieron a mi esperanza. La primera, la inmediata, la cerró el temor de Dios; era la de la muerte. La segunda era la del olvido. Creyéndola misericordiosa, traté de abrirla a cualquier precio. Persiguiendo mi desesperado propósito, peregriné, convirtiendo mi alma en un kaleidoscopio, empapando mi corazón tembloroso, como una ávida esponja en el dolor y el amor de los otros hombres. Pero todo era inútil; el dolor y el amor de los otros hombres, se transformaba en mi dolor y en mi amor. Hasta que un día en una casa de juego, un hombre singular a quien gané sobre su palabra, por otra parte sin alegría, una suma considerable, me brindó la satisfacción de mi perpetuo deseo, con esta extraña peroración.

« — He llegado — dijo — al término de mi vida. Acabo de perder lo último que me quedaba, mi palabra. Entre caballeros debe pagarse lo perdido. Por consiguiente, el sol de mañana no guiará como el de hoy mis pasos desgastados. »

« Como yo interpusiese mi protesta asegurándole que le desligaba de toda deuda, dejando libre y blanca su palabra empeñada, me respondió:

« — No pretenda disuadirme, caballero. Le diré francamente que no tengo interés alguno en seguir viviendo, ya que no soy suficientemente fuerte para vivir con memoria. A propósito, — agre-

EL OLVIDO POR FERNAN-FÉLIX-D-AMADOR

Dibujo de
Centuria

gó, — voy a haceros un don, no para que os acordéis de mí, sino, por el contrario, para que no os pese vuestra involuntaria intromisión en mi muerte. Os ruego que lo aceptéis, haciendo luego de él lo que os parezca; es mi último escrúpulo de conciencia. »

Sacó luego de su bolsillo una pequeña redoma de cristal primorosamente labrada, y me la presentó diciendo:

« — He aquí un frasquito con agua del olvido. Le bastará tomar una gota de ella, cuando cualquier importuno recuerdo le asalte, y se verá inmediatamente como nacido de nuevo, libre y limpio como pizarra borrada. »

« Imagínate el infinito regocijo que provocaron en mí las palabras del singular sujeto. Avidamente para probar la virtud del agua maravillosa, tomé un sorbo de ella, y quedé ante la sonrisa escéptica del hombre que iba a morir impertérrito como un recién nacido. Excepto los movimientos animales e instintivos del cuerpo, y el uso de la palabra, todo desapareció de un solo golpe, dejándome sumido en una especie de contemplación beatífica

y somnolienta, a la espera de conceptos y sensaciones.

No puedo decir que me regocijé, porque no teniendo conciencia de mi dolor pasado, mal podía felicitarme de su repentina ausencia. Pero el mundo me pareció vacío. Viajé, recorrí maravillosos países legendarios, pero privado de memoria romántica e histórica, las cosas perdían para mí su alma, su eternidad, y los monumentos, los templos y los palacios, eran tan sólo piedras sobre piedras.

« La belleza se reducía a la exactitud de una ecuación algebraica. El amor no encontraba lugar puesto que es un anhelo que viene del pasado y tiende a la perfección de algo existente. La poesía era música para un sordo. La mañana era lo mismo que la tarde y la noche, no el admirable canevas de los sueños, sino un simple y polvoriento trapo negro. La amistad, ese claro diamante de Golconda engarzado en puros quilates de recuerdo, era un valor inexistente, nulo; los rostros se reconocían pero las almas no. Un egoísmo frío e inmediato helaba las potencias espirituales. Era sensible sólo a los ínfimos goces de la animalidad, y sobre una buena digestión, edificaba el pasajero nirvana de mi rebajamiento.

« Así viví, si a este estado letárgico puede llamarsele vida. Viví, es lo cierto, en el olvido supremo; pero sin la paz esperada, puesto que me quedaba clavada en la conciencia como una espina azul, la inquietud; la divina inquietud, que en aquel voluntario desierto del alma levantaba su grito exigiendo algo, algo para llenar el vacío. Y un buen día, al sentir llegar un sordo estremecimiento de recuerdo, desde las profundidades de mi ser, venciendo el impulso animal que me llevaba a buscar la redoma envenenada, la estrellé contra el suelo haciéndola añicos. El agua misteriosa se esfumó como una espesa niebla en la habitación dignificada y luego se desgarró suavemente como un velo impalpable.

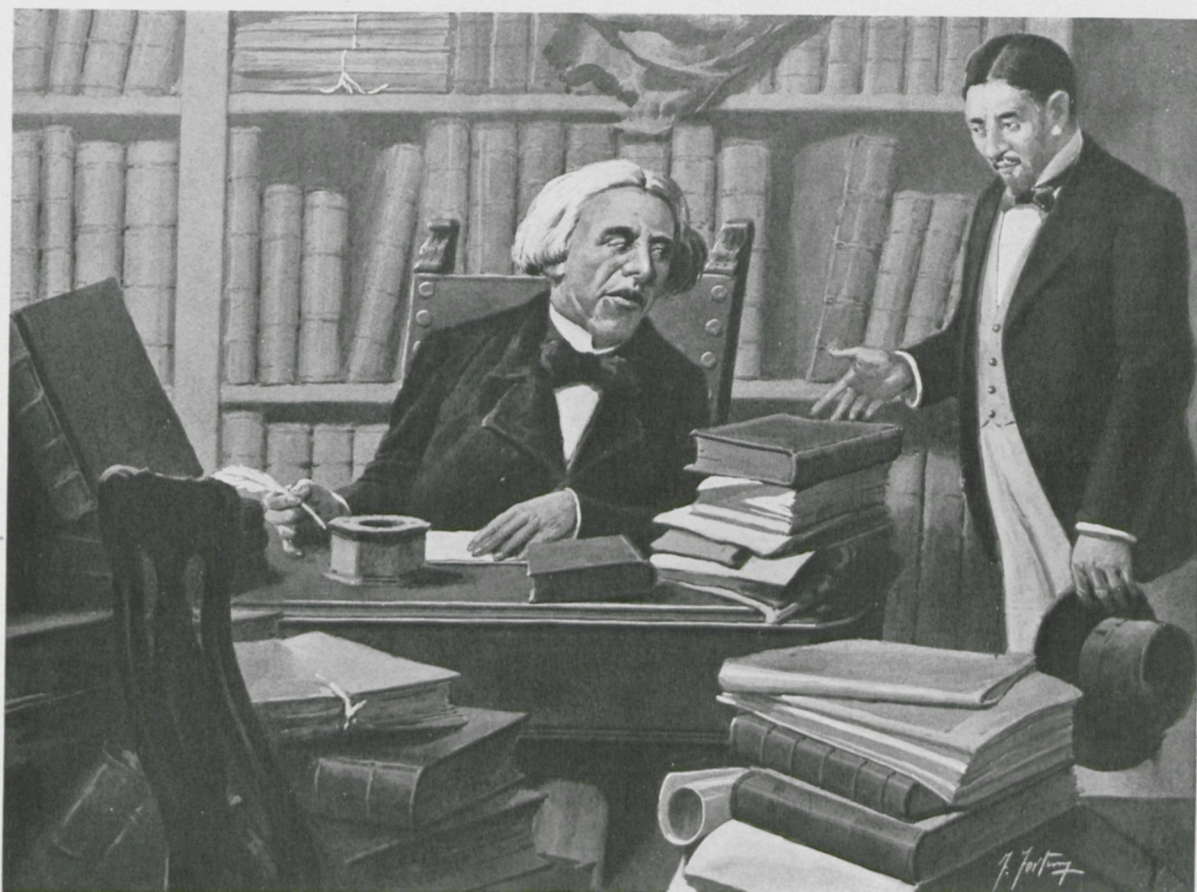
« ¡Ah! el instante sublime, dulzura enorme, de encontrarse de nuevo con el doloroso pasado!... Primero fué el recuerdo de mi madre, el inevitable y el absoluto. Después una sonrisa envuelta en lágrimas iluminó mi alma egoísta, y los fantasmas fueron llegando, silenciosos, tiernos, aterciopelados y terribles, llenando el desierto, el tiempo y el espacio. Volvió el dolor también, junto con ellos; pero traía de la mano a su hermano el amor, y les seguía tutelarmente una abuelita pensativa y dulce, la resignación... »

Y el viejo poeta infantil, tomando un sorbo verde-ópalo de recuerdo en la copa donde se había ahogado la tarde, terminó diciendo con un suspiro:

« — ¡No, hijo mío! Todo, menos el olvido. El olvido es peor que la muerte; ¡es la muerte del espíritu!



Un
CIVILISTA
Pore



PABLO DELLA COSTA.

DIBUJOS DE FORTUNY.

El doctor don Dalmacio Vélez Sarsfield, autor del Código Civil Argentino, estaba muy lejos de ser un profundo gramático, y a tal punto llegaba alguna vez su deficiencia, que solía cometer garrafales errores de ortografía. Tampoco eran maravillosos los rasgos caligráficos de su escritura, de tal modo que sus originales solían tener el aspecto de páginas de música, poco menos que indecifrables. Y como en la época en que redactaba el Código no se habían inventado las máquinas de escribir, no hay para qué decir que los pobres tipógrafos echaban el alma para poder adivinar lo que el famoso codificador escribiera.

Tampoco era afecto el doctor Vélez a tener amanuenses. Le gustaba hacer su trabajo por sí mismo, tal vez para evitarse las explicaciones que había de dar al escribiente, tal vez por no querer enterar a nadie de lo que su trabajo decía. El hecho es que la obra se iba haciendo sin más auxilio manual que el del propio autor.

Un día, trabajando en su estudio, rodeado de una montaña de libros y de papeles, engolfado en la tarea hasta el extremo de perder el sentido de las cosas externas, oyó que golpeaban suavemente las manos en el dintel de la puerta. Levantó la cabeza, miró con aire adusto al importuno, a quien no conocía, y se le escapó un rápido:

— ¿Qué se le ofrece?

El visitante era un hombre joven, más bien alto, de color cobrizo, ojos pequeños, fuerte, musculoso, cuyo origen denotaba la procedencia primitiva de nuestra raza. Estaba modestamente vestido y su aspecto era más bien simpático.

— Señor, — le dijo, — soy estudiante de cuarto año de Derecho, tengo algunas horas desocupadas y desearía que usted me tomase como escribiente, que supongo le hace falta, y me ofrezco servirle a usted gratuitamente, creyendo que he de poder serle útil.

Las espesas cejas del doctor Vélez Sarsfield se contrajeron súbitamente. Le llamó la atención que un desconocido le hiciese proposición semejante.

— Soy versado en gramática, tengo buena letra y mejor ortografía, — insistió el curioso visitante; — de manera que estoy casi seguro de que un hombre como yo le es a usted necesario.

No dejó de interesar al doctor Vélez la entereza del sujeto, la seguridad con que hablaba, el aplo-

mo con que hacía sus afirmaciones. El porte simpático de aquel intruso le hizo desarrugar el ceño y dulcificar el tono, a tal punto que diez minutos después el visitante se instalaba en el escritorio del civilista cordobés, en calidad de escribiente gratuito y de ayudante eficaz en la obra de codificación más grande que tiene el país.

Durante los primeros días todo marchaba como sobre rieles. El escribiente trabajaba de una manera denodada copiando con magnífica letra los adefesios caligráficos del doctor Vélez, suprimiendo los errores ortográficos y reconstruyendo algunas veces frases antiagramaticales. Pero el doctor Vélez no se explicaba bien qué interés podía tener su escribiente en prestarle tales servicios sin compensación alguna. Un día el escribiente le hizo

una consulta a propósito de un artículo del Código que Vélez acababa de redactar. Vélez lo miró de hito en hito estimando que aquella pregunta era una impertinencia, y no le contestó. Pocos días después la escena se repitió. El escribiente le preguntó en qué concepto jurídico apoyaba otro de los artículos que acababa de redactar, y siempre con la misma adustez y la misma acritud le contestó:

— Consulte a tal autor. Ahí está el libro en la biblioteca...

El escribiente tomó el libro y consultó el punto. Probablemente la consulta le satisfizo y no volvió a hablar sobre la materia. Así se iban pasando los días, uno en pos del otro. El doctor Vélez seguía escribiendo su obra. El escribiente seguía consultando al doctor Vélez hasta que logró hacerse extremadamente simpático por lo mismo que veía en el estudiante una inteligencia robusta, un afán de estudio superior a toda ponderación, llegando, entre el escribiente y el autor, a establecerse tal comunidad de pensamiento y de acción, que la vida de estos dos laboriosos se complementaba maravillosamente.

Precisamente en los días en que el doctor Vélez terminaba su obra, el estudiante terminaba su carrera. Habían llegado los dos a la meta de sus afanes. Cuando el nuevo doctor se despedía del viejo codificador, terminada la tarea manual, le dijo:

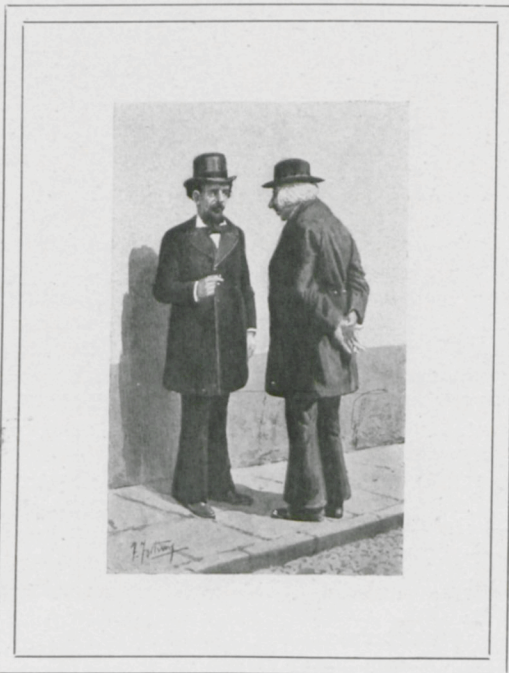
— Vea, doctor Vélez, yo quería estudiar bien y a fondo Derecho Civil, y ninguno podía ser mejor profesor para mí que el mismo autor del Código. Por eso penetré poco menos que furtivamente en su casa, y debido a eso me apoderé de toda su ciencia en la materia. Usted no me ha pagado sueldo, pero yo me he cobrado con creces estudiando al lado suyo.

Algunos años más tarde, cuando el doctor Avellaneda subía a la Presidencia de la República, el doctor Vélez le dijo confidencialmente:

— Vea, Presidente; si usted quiere un buen ministro para su gabinete, tómelo a ese muchacho que era escribiente mío.

Avellaneda nombró su ministro al escribiente del doctor Vélez.

El escribiente era el doctor don Victorino de la Plaza.





LA DULCE SOLEDAD POR VICENTE MEDINA

Yo tengo en la soledad
mi rancho...
Yo tengo en la soledad
mis paños...
De la vida y de la hombre
me aparto...
Dichas quien no se atorba,
solitario
y es mejor hallarse solo
que no mal acompañado.

Pocas veces llevo a tiempo
cuando acudo a la extraña,
pero siempre
en mi soledad me aguardan
lleve yo tarde o temprano.
Búscame la soledad—
el hombre desengañado
dentro de su corazón.
Búscame el tranquilo campo.
nunca mejor estaremos
que cuando
dentro de nuestra misma
en reparo nos hallamos.

Yo soy de mi soledad
el señor y soberano
y tengo
tesoro, templo y palacio
entre las cuatro paredes
de mi rancho...
y tengo
consagrado
lo más dulce
y estimado:
el rincón donde he querido
y el rincón donde he llorado!

Cuando camino
en dirección de mi rancho
voy cantando.
Y si no son mis cantares
muy alegres,
tampoco son muy amargos.
Y al divisar, desde lejos,
la mancha de mi rancho,
yo le hablo:
"¡Ay, rancho,
rinconcito de mi vida
donde he querido y llorado.
rinconcito de mi vida
donde guardo
de mi alma,
el tesoro de recuerdos
más amado!"

Amigo de las amigas,
amistad tengo en mi rancho
y al amigo yo mis puertas
de par en par se las abro.
Amante fiel en amores,
nido de amor es mi rancho
y al amor fino y constante
abierto están mis brazos.
Amigo, si bien me quieres
yo te aguardo
Mujer amada, si vienes
serás reina de mi rancho.



DIBUJO-
DE
MEDINA VERA

SEÑORA MERCEDES
GUERRICO DE BUNGE.MARÍA UNZÚE DE AL-
VEAR Y ANGELITA DE
ALZAGA UNZÚE.

No creo ser un espíritu rencoroso... sin embargo, no puedo evitar un sentimiento de sorda irritación, cuando recuerdo el juicio de cierto eminente literato extranjero, que juzgó despiadadamente a las argentinas, como «hermosísimas y elegantes mujeres, que hablan a gritos en teatros y conciertos...» No tuvo tal vez ocasión el ilustre hombre de letras de valorar sus cualidades morales, ni se dió cuenta que las más cultas suelen ser también las más modestas, y se contentó con retratar a las frívolas aves del paraíso que volaban hasta París, con toda la frecuencia posible, para renovar allí su vistoso plumaje...

Pasaron inadvertidas para él, las que visitaron el viejo mundo guiadas por su intuición artística, ávidas de admirar todas las bellezas atesoradas por las viejas civilizaciones, y que se formaron el propósito de despertar y fomentar en el propio ambiente el culto de lo bello y el respeto por las reliquias de otras épocas, tan desdeñadas hasta no hace mucho por las vistas aves del paraíso... No caerían ya hoy en tal renuncio, porque el ejemplo dado por esos selectísimos espíritus femeninos, que han formado colecciones artísticas de un valor incalculable, y que han sabido salvar también de la destrucción y el olvido, muebles y objetos que representan para nuestra sociedad toda una tradición de abolengo y de cultura, han logrado despertar por fin el buen sentido y al orientar el gusto de las indolentes, o las presuntuosas, han evitado para el porvenir ciertas profanaciones que helarían de espanto a los *connaisseurs*... Y no me acusen de exagerada... he visto en una de las casas solariegas de nuestra Buenos Aires, un admirable y auténtico dormitorio de la época de Francisco I, cuyo lecho de columnas había sido lacado de blanco por las delicadas manos de la dueña de casa!

Esas mismas manos han aprendido hoy a manejar con respeto y delicadeza esos testigos del pasado, mudos para el vulgo, pero que saben revelar para la coleccionista curiosa e investigadora todas las leyendas que encierra su pasado... Esas porteñas que dedicaron largos días para visitar en París la *rue Provence* y la de *Maubeuge*; que conocieron palmo a palmo el *Borgo Vecchio*, camino de San Pedro; que en Madrid visitaron uno por uno los tenduchos de la *Carrera de San Gerónimo*, y de la *calle de Alcalá*... que no desdijeron entrar en los polvorientos antros de las olvidadas callejas, que nos describiera Dickens; que soportaron estoicamente la charla de los mercaderes napolitanos con tal de obtener una sortija, un abanico, una tabaquera... Esas han sido las precursoras, las que han influido con su gusto exquisito y su perseverancia para que se produjera en nuestro ambiente una honrosa reacción... Y ha sido ésta tan intensa, que de un tiempo a esta parte se han multiplicado en Buenos Aires las casas de antigüedades; pero la tradición ha sido modificada en nuestro ambiente, porque la mayoría de los anticuarios de Cosmópolis imita hoy los suntuosos talleres de pintores afamados; ya no hay que descubrir las piezas auténticas en polvorientos desvanes: arcos y bargueños, tapices, custodias fulgurantes, son presentados a las aristocráticas clientas, en el cuadro adecuado... y el poseedor de tantas maravillas disimula la obligada rapacidad del *cargo* bajo el impecable «savoir faire des gens du monde...»

Figura en primera línea, entre las grandes

verdaderas maravillas... Las tapicerías de Gobelinos, firmados por Le Fevre; las telas de los más afamados maestros del siglo XVIII; su estrado de Aubusson; los primorosos muebles incrustados; las rarísimas piezas de la época colonial, al lado de los bahuts de laca y los suntuosos, fantásticos biombo Coromandel, tal vez los dos ejemplares más curiosos de esta clase, que podamos admirar en Buenos Aires, son los adquiridos por las señoras de Alvear y de Casares: de laca roja, el que figura en la colección Alvear; de laca negro, el que posee la señora Unzué de Casares.

Muchas páginas se necesitarían para enumerar las colecciones encerradas en las vitrinas del palacio Alvear; los jades maravillosos, reproducen toda la fantástica flora de Oriente, y el misterio enigmático de sus ídolos... No creo posible que exista en ningún museo una colección de jades más completa que la que ha sabido reunir la señora Unzué de Alvear, ni es menos completa la de porcelanas de la China y de Persia; luego, marfiles tallados como encajes; la primorosa colección de abanicos y bomboneras, la de amatistas, corales y ámbar, que evocan las maravillosas leyendas de las mil y una noches... los vasos etruscos y, por último, la suntuosidad de las piezas de plata antigua, de distintas épocas, entre las que se destaca

un soberbio *surtout* de mesa que se dice perteneció a una de las más acaudaladas y nobles casas del Reino Unido...

Doña Mercedes Guerrico de Bunge es otra de las prestigiosas figuras de la aristocracia porteña, que posee un interesantísimo museo, que encierra distintas y valiosísimas colecciones; la señora de Bunge ha afirmado su predilección por la época colonial, añadiendo a las reliquias de familia, respetuosamente conservadas o restauradas, valiosos moblajes de la época, adquiridos en los más apartados rincones del interior, y también... ¡hay que confesarlo! descubiertos en los desvanes de las viejas casas solariegas, cuyos descendientes relegaban a toda prisa esas «anticuallas» o las prodigaban a las criadas envejecidas en esos hogares y jubiladas por sus amos, mientras se reemplazaba apresuradamente el vetusto moblaje, con el reluciente Luis XV, tapizado de *velours de Gênes*... Se comprende el culto que profesa la señora de Bunge por el pasado de su familia, al visitar el saloncito de la planta baja de la suntuosa residencia de la calle de Charcas; el macizo y amplio estrado colonial de la casa de Guerrico; las consolas de caoba que pertenecieron a doña Constanza Ramos Mejía de Bunge; los grabados de la época, que representan a sus abuelos, don Manuel José Guerrico y doña Salomé Massa, hermana que fué de la ilustre víctima de la tiranía... luego, el sillón vetusto y confortable en que descansara, ya enfermo, el respetado tronco de la familia de Guerrico; completa el am-

biente de puro estilo colonial del saloncillo, una curiosa colección de porcelanas españolas de la época. Subiendo la amplia escalera que conduce a las habitaciones de la señora de Bunge, es un verdadero deslumbramiento, porque la inteligente coleccionista no ha sabido resistir a la poderosa sugestión del pasado, en mil diversas manifestaciones... de ahí, lo selecto de ese valioso museo, que necesitaría innumerables y espaciosos salones, dedicados separadamente a la infinidad de estrados antiquísimos, arcos y cofres de todas épocas, bargueños vollosísimos, mesas de laca y de preciosas maderas incrustadas, vitrinas repletas de primores.

Nada más interesante que el oír referir a la señora de Bunge el origen de cada una de esas curiosidades: sus jiras por Alemania, las mil gestiones realizadas para poder conseguir las maravillas descubiertas en sus viajes por el Pacífico, los tesoros ignorados por sus dueños y adquiridos en nuestros poblachones de provincia... Entre las mil anécdotas llenas de interés y sinceridad, le oí referir una vez la visita de una de nuestras más bellas y prestigiosas mundanas, que al admirar las salas coloniales en compañía de su dueña, no pudo menos de confesar que le parecía haber visto en alguna parte el estrado de caoba con sus medallones de rosas primorosamente talladas...

—Cómo no, si esto fué suyo,—dijo sonriendo la distinguida coleccionista;—eran los muebles de la quinta de... que amontonados en la cochera, fueron vendidos luego por sus quinteros... La bella y elegante mundana mordió sus labios y calló...

Cuántas anécdotas semejantes, que habrían de revelarnos la indiferencia de tantas familias, la ignorancia o *snobismo* de otras, los naufragios y derrumbes dolorosos, han de encerrar esas vastas vitrinas de la casa de Guerrico, que atesoran preciosidades; docenas de docenas de mates criollos, esos mates de plata maciza y repujada, testigos de la opulencia de los viejos hogares porteños... Las imágenes de talla, colección interesantísima, y única entre nosotros, que nos habla de aquella austeridad y acendrada fe de los hogares de antaño, donde no faltaban las imágenes sagradas en el sitio de honor de la sala, perfumada con almizcle y con benjuí, y con la ofrenda de delicados jazmines ante el fanal de Nuestra Señora de los Dolores... Al lado de los vetustos misales, y rígidas casullas recamadas de oro, y las lámparas votivas, las vitrinas que encierran curiosísimas piezas del arte incásico, en sus tres distintas épocas, evocando los enigmáticos rasgos de los *Guaquí* del Perú.

Más allá, las elegantes, esbeltas copas de Bohemia, cuyas góticas inscripciones debiéramos aprendernos de memoria... las complicadas piezas de Saxe y de Sevres; la colección de bomboneras Vernis Martin. Una mesa y un armario de laca roja, muebles ambos curiosísimos. Atriles incrustados de marfil y nácar, crucifijos, nazarenos y reliquias. La profusión de valiosas imágenes de talla, o vestidas de rígidos brocados, que cubren las antiquísimas consolas que adornan las habitaciones de la señora de Bunge, les prestan un ambiente de noble austeridad; los candelabros de plata maciza, las sombrías tapicerías, y hasta el reclinatorio tallado, sugieren el recuerdo del oratorio particular de alguna de aquellas soberanas católicas, cuya existencia se deslizo entre las prácticas de nuestra religión y las de la divina caridad.

LA DAMA DUENDE.



DANTEISMO

Por
MARIA-IVISA-PAVLOSKY-MOLINA

Seré un campo perfumado
nocturno y estival
cuando me muera.
Mi humanidad postrera
se extinguirá a lo lejos
y sólo seré el trigo matinal
que dora el sol o el rosado
damasco que cuelga de la rama
o los metálicos reflejos
de un estanque en que derrama
su claridad azul una lejana estrella.
Seré el oro que duerme en el fondo
de la tierra — como un sol interior.
Seré todo lo que es eternidad
lo que es ilimitado y lo que es anterior
a lo que existe. Seré todo lo que es serenidad.

Abril, 1917



Cuanto tiempo emplea su esposa para vestirse?



CURIOSA ENCUESTA DE UN DIARIO NEONYORKINO.

Uno de los temas con mayor éxito explotados por los caricaturistas de casi todos los países, es aquel en que un marido impaciente espera que su esposa termine su interminable tocado para ir al teatro, donde, por lo general, llegan siempre tarde.

Un periódico neoyorkino tuvo la peregrina ocurrencia de realizar una encuesta entre sus lectoras sobre la manera más eficaz y rápida de vestirse. Esta noticia y el entusiasmo que ella despertara entre el sexo femenino fué cordialísimamente acogida por miles de maridos que sufren las penas del purgatorio esperando una y hasta dos horas que sus esposas concluyan con los complicados ritos de sus «toilettes».

La primera dama en contestar a la encuesta fué una señora del mismo Nueva York, que aseguraba emplear quince minutos en vestirse, desde el momento que deja el lecho hasta aquel en que, debidamente ataviada, se encuentra dispuesta a salir a la calle.

Puede figurarse el lector cómo envidiarían los demás hombres casados al marido de esta incomparable mujer capaz de vestirse en tan limitado tiempo.

Poco después apareció otra señora que, por propia experiencia, declaraba poder realizar dicha prueba en sólo trece minutos! Esta contendiente había realizado un paciente estudio de las diversas formas y sistemas usados por las mujeres al vestirse; había observado la incontable cantidad de movimientos inútiles que se realizan, y había calculado, hasta la más pequeña fracción de minuto, el tiempo que debe tardar una persona en ponerse diferentes piezas de sus vestiduras.

Hay en el sistema preconizado por esta señora, en su humanitaria obra en favor de los muchos maridos impacientes, una serie de factores que contribuyen al buen o mal resultado del método. ¿Es usted muy gruesa? ¿Es usted delgada? ¿Qué clase de vestidos, zapatos, etc., lleva usted?

He aquí un estudio, el que pudiéramos llamar número uno de la serie realizada en la persona de una muchacha joven y delgada, en traje de calle.

La persona sólo lleva una salida de baño y zapatillas. Las ropas que va a ponerse están debidamente preparadas en sillas y camas.

Cold cream y polvo.....	1 m. 20 s.
Ropa interior.....	15 »
Medias y botines (éstos con 17 ojales).....	3 »
Corsé.....	15 »
Viso y camisola.....	40 »
Arreglar el cabello.....	2 » 15 »
Ponerse un vestido de una pieza.....	1 »
Sombreros.....	10 »
Chaqueta.....	25 »
Gautes.....	20 »

Tiempo total..... 9 m. 40 s.

Otra muchacha de la misma edad y peso, podrá vestirse en 13 minutos, siendo el tiempo adicional el que se necesitaba para bañarse.

Comparemos este tiempo con el que tardaba una señora ya de edad y que por lo excepcional, ha sido puesto como número dos de la serie.

La persona comienza a vestirse en las mismas condiciones que la primera.

Ropa interior de una pieza.....	10 s.
Medias.....	20 »
Botas (15 ojales).....	1 » 10 »
Corsé (20 ojales).....	1 » 10 »
Otras piezas sobre el corsé.....	45 »
Arreglar el cabello.....	3 » 50 »
Pollera.....	30 »
Blusa.....	50 »
Sombrero.....	15 »
Chaqueta.....	30 »
Gautes.....	30 »

Tiempo total..... 10 m.

Un ligero estudio de ambas series nos descubre que «le bête noir» de la señora de edad madura es el corsé.

Para arreglarse el cabello es menester de tres a cinco minutos. Pero una señora que durante largos años haya llevado el mismo estilo de peinado, puede reducir al mínimo el tiempo necesario para peinarse.

Entre las determinadas medidas que es menester tomar para poder vestirse rápidamente, está la principal que consiste en preparar de antemano los vestidos que han de ponerse y evitar de esa manera confusiones y pérdidas de tiempo.

Una gran ventaja tiene la mujer de estos

tiempos sobre las antiguas. La industria moderna fabrica una larga serie de ganchos, broches, etc., que, además de adherirse con mayor consistencia, se pueden usar con una rapidez increíble. Pero el número de ojales, botones o broches no ha disminuido, sólo han desaparecido algunas de las muchas dificultades que presenta la aplicación de tan pequeños objetos.

Pocas señoras se han detenido a observar la verdadera cantidad de esos pequeños aditamentos que llevan en sus ropas. Las botas, por ejemplo, tienen de 10 a 25 botones u ojales; los corsés, de 6 a 20 broches; los guantes, de 1 a 20 botones, ciertas ropas interiores, de 1 a 20; polleras, de 1 a 12 ganchos o broches; blusas, de 6 a 18; vestidos de baile, sencillos, de 12 a 24; vestidos de una pieza, de 6 a 12; visos, de 1 a 4.

El número tres, correspondiente a la serie, nos muestra el ejemplo de una mujer de edad madura, sin la elasticidad ni rapidez de una muchacha joven, pero que gracias a la adopción de un estudiado sistema puede salir airoso de la prueba en un tiempo relativamente corto.

La persona acaba de levantarse.

Preparación de las ropas y accesorios.....	4 m.
Baño.....	2 »
Cold cream y polvo, cuello y rostro.....	2 »
Ropa interior.....	10 s.
Medias y zapatos.....	40 »
Corsé.....	3 »
Corpiño, abrochado atrás, y otras ropas.....	4 » 20 »
Peinado.....	5 »
Traje de teatro.....	2 » 40 »
Joyas y adornos.....	10 »
Ultimos toques de brazos, manos y cara.....	80 »
Gautes largos.....	30 »
Abrigos y bufanda.....	40 »

Tiempo total..... 26 m. 30 s.

Este tocado incluye todos los detalles y accesorios que debe llevar una persona que asiste a una fiesta. Si se repitiese frecuentemente y la persona dedicara todos sus pensamientos y esfuerzos a ello y nada más, se

podría reducir a 20 minutos y sin el baño adicional a sólo 15 minutos.

La señora Christine Friedrich, autora de tan interesantes estudios, ha creado una regla con siete partes, que observándolas al pie de la letra pueden llevar a quienes las practiquen a perfeccionarse en el difícil arte de vestirse bien y rápidamente.

1. Elijase o mándese hacer vestidos con el menor número posible de botones, ganchos y broches.

2. Obsérvese que éstos estén sólidamente adheridos y colocados en lugares fáciles de alcanzar con las propias manos.

3. Antes de vestirse cuídese de tener todo lo necesario al alcance de la mano.

4. Al vestirse debe una pensar en lo que está haciendo y no en otra cosa.

5. Estudie y elija qué sistema en el tocado es el que mejor se adapta a usted.

6. No se detenga, y esto es muy importante, a probarse cosas o a ensayar efectos mientras se está vistiendo para salir. Deje su cabello como acostumbra y póngase el sombrero que tiene ya preparado.

7. Practique diariamente la manera de vestirse con rapidez.

Otro dato muy interesante es aquel que se refiere al número de movimientos empleados en ponerse cada pieza de vestido.

Ropa interior (combinación).....	4 movimientos
Cada media.....	3 »
Cada zapato.....	40 »
Corsé.....	24 »
Corpiño.....	6 »
Pantalones.....	8 »
Peinarse.....	60 »
Pollera.....	10 »
Blusa.....	30 »
Sombrero.....	20 »
Chaqueta.....	10 »
Gautes.....	30 »
Total.....	244 »

Quizás, y como lo cree la autora de este nuevo sistema, el rápido vestir de las señoras evitaría más de un disgusto doméstico y concluiría con enojosas discusiones tan desagradables a la hora de la salida.

EMERY BRIDGE.

Sobre las nubes

(TRADUCIDO ESPECIALMENTE PARA «PÁGINAS FEMENINAS», POR LA SEÑORA EMINA P. DE MEZQUITA.)

Al entrar en la usina de gas de la Villette, percibí, tendido sobre el césped del inmenso patio, ante un ejército de negros y monstruosos gasómetros, el enorme globo amarillo, a medio llenar, que parecía un colosal zapallo nacido en la huerta de algún ciclope. Un cielo bajo y gris, un verdadero techo de nubes, se extendía sobre nuestras cabezas. Eran sólo las cuatro y media de la tarde y ya parecía aproximarse la noche.

Es creencia general que las ascensiones exponen a los viajeros a peligros inmensos, siendo así que en realidad sólo ofrecen tantos, y tal vez menos, que una simple jira por el mar o un paseo en coche. Cuando el material es bueno y el aeronauta prudente y experimentado...

Cuatro hombres acercan la barquilla, que es un canasto cuadrado parecido a esos baúles de viaje hechos con mimbres tejidos. En dos de las caras de aquel vehículo volante, se lee, en grandes letras doradas, esta inscripción: «Le Horla».

Todo está listo. Un teniente de navío, adscrito a la escuela de aerostación militar de Meudon, que ha venido a presenciar nuestra ascensión y nos ayuda en los preparativos de la partida, es quien al final sujeta con ambas manos la cuerda que nos mantiene en tierra, hasta que se lanza el grito de «lachez tout!»

Inmediatamente, el gran círculo de curiosos y de amigos que nos rodean y se despiden de nosotros tendiendo sus brazos y agitando sus sombreros, se hunde y desaparece: nos encontramos solos en plena atmósfera. Planeamos sobre una inmensa ciudad, sobre un desmesurado plano de París, unos de esos planos en relieve que se ve en las exposiciones; París, con sus techos azulados, sus calles rectas o tortuosas, su río gris, sus puntagudos monumentos, la dorada cúpula de los Inválidos y la torre Eiffel.

Un inmenso e indefinible rumor sube hacia nosotros; un rumor resultante de mil ruidos, de la vida de las calles, del rodar de los coches sobre el pavimento, de los reinchos de los caballos, el chasquido de los látigos,

las voces, el estrépito de los ferrocarriles. Estamos ahora sobre la campiña que rodea a la ciudad, verde llanura cortada por innumerables caminos blancos, rectos, que la cruzan en todo sentido. De pronto, los detalles de relieve que tan claros percibimos, comienzan a enturbiarse. Penetramos en las nubes. Un velo nos envuelve; tenue y transparente al principio, se va haciendo cada vez más espeso, más gris, más opaco y nos aprisiona, nos encierra, nos oprime. Pronto, sin embargo, esta muralla de niebla húmeda y oscura, empieza a blanquearse, a ralearse, a aclararse, y nos deslizamos a través de algo así como un algodón vaporizado, un humo de leche, un vaho de plata. De segundo en segundo, una luz misteriosa, deslumbrante, que viene de lo alto, ilumina más y más aquellas ondas blancas que atravesamos; y, bruscamente, emergemos a una atmósfera pura en un cielo azul radiante de sol. No hay cerebro que pueda concebir ni crear un sueño que se asemeje a aquel espectáculo. Volamos, siempre ascendiendo, sobre un caos ilimitado de nubes que parecen nieves y que se extienden a pérdida de vista, fantásticas, sobrenaturales.

Aquellas nieves de un brillo insostenible se extienden hasta el infinito en todas direcciones debajo de nosotros, simulando inmensas y altas montañas con sus llanuras, sus picos y sus valles. Las bellezas de este universo nuevo, de este país encantado que sólo puede ser visto desde el cielo, son desconocidas en la tierra.

De pronto, cerca de nosotros—cerca o lejos, no podría afirmarlo, pues allí se

pierde toda noción de distancia,—aparece en la atmósfera nítida y azul, una enorme mancha redonda, transparente, que flota, que asciende como nosotros, un globo, otro globo con su barquilla, su bandera y sus viajeros. Levanto un brazo y veo que uno de los pasajeros de la curiosa aparición lo levanta también. Al través de aquella sombra y como si ella no existiera, se ven las nubes y se distingue con claridad el horizonte incommensurable; a su alrededor se dibuja un espléndido arco iris que la envuelve por completo en una corona luminosa y policroma. A este fenómeno, que es muy conocido, se le ha llamado «aureola de los aeronautas».

Ahora bien, como seguimos ascendiendo, el vaporoso espectro cesa de perseguirnos y se aleja de nosotros achicándose por segundos, hasta quedar allá abajo flotando en el blanco océano de nubes.

El sol oblicuo lo arroja a lo lejos, desde donde sigue todos nuestros movimientos, presentándose a nuestra vista como una pelota caída de las manos de algún niño, que rueda errante en el tumultuoso desierto de las nieves.

A medida que ascendemos el calor se va haciendo más fuerte y la reverberación de la luz sobre aquella inmensidad reluciente es prodigiosa y casi inguantable. El termómetro, que en el momento de partir marcaba 13 grados, acusa ahora 22, y el globo, muy debilitado, deja escapar un raudal de gas.

Hemos sobrepasado los 2.000 metros; nos cercinimos pues, a cerca de 1.500 metros sobre las nubes y no vemos otra cosa que aquel ilimitado oleaje de plata en el azul infinito.

De cuando en cuando, grandes agujeros violáceos, abismos cuyo fondo no se percibe. Caminamos lentamente, empujados por una brisa que no se siente, hacia uno de esos agujeros. De lejos, se diría que un ventisquero se ha hundido en la inmensidad, dejando entre dos montañas un inmenso vacío. Tomo el antejo para observar el hueco azulado del precipicio y percibo en el fondo un pedazo de pradera, dos caminos... La noche se aproxima. El globo, súbitamente enfriado, comienza a deshincharse y cae como una piedra. A nuestro alrededor revolotean como blancas mariposas los papeles de cigarrillo, arrojados por nosotros para apreciar las subidas y descensos.

Rozamos ya el mar de nubes y la barquilla se sumerge en la espuma de sus olas. De nuevo aparecen los agujeros azules por los cuales vemos la tierra, un castillo, una vieja iglesia, campos y caminos.

Los ruidos del mundo nos llegan más claros, ladridos de perros, gritos de niños, el rodar de los coches, el chasquido de los látigos. Otra vez se nos presenta la inmensa carta geográfica que contemplamos minutos antes, al partir. Estamos a 600 metros y distinguimos sus menores detalles.

Seguimos bajando rápidamente. En el patio de una granja las gallinas vuelan asustadas, tomándonos sin duda por algún monstruoso gavián.

Con un cuerno de caza lanzamos frecuentes llamadas a las que responden los campesinos abandonando el trabajo y corriendo tras nosotros a través de los campos.

Estamos a treinta metros del suelo. Cortamos la atadura del ancla, que cae en un campo de trigo. Aliviado de aquel peso, el «Horla» se eleva un poco, pero nos colgamos todos de la cuerda de la válvula de escape y la barquilla se posa en tierra, sin una sacudida, en medio de una multitud de campesinos que la cogen y la mantienen quieta. Saltamos a tierra, sintiendo ver concluido aquel corto y soberbio viaje, aquel inimaginable vuelo por el espacio sobre un encantamiento de blancas nubes.



SEÑORITA ANA ROSA GARCÍA, HIJA DEL CONSUL ARGENTINO EN EL PERÚ, SEÑOR JACINTO GARCÍA, QUIENES SE ENCUENTRAN EN ÉSTA.



El príncipe van Holland Rodenburg, entre nosotros

El cronista huye de la pueril vulgaridad de declararse sorprendido por haber estrechado la mano de un príncipe. Sabe que hoy los príncipes afirman la personalidad del propio esfuerzo y no ignora que los hijos o descendientes de reyes buscan en la cultura y en el trabajo, quizás con más afanoso entusiasmo que otras aristocracias, el acercarse al «hombre», al hombre entidad democrática, definición espiritual de un valor positivo. Ser un hombre es ser alguien, y conseguir ser alguien en estos tiempos en que todos aspiran a lo mismo con iguales probabilidades, sin otras limitaciones que las que oponen la materia endeble o la incapacidad del intelecto, interviniendo, es claro, para más y para menos, el factor humano de la propicia o contraria fortuna, ineludible como el sombrío fatalismo antiguo, equivale a sumarse en el grupo de los elegidos. Cada cual cultiva la propia personalidad y procura difundirla, pero opone también una tenaz resistencia a que otra personalidad la absorba. Es el juego de las competencias en las regiones elevadas del espíritu, juego que no elude con falsa modestia sino aquél que carece de fe en sí mismo o desconfía de sus propias armas; y no armas que hieren, sino aquellas otras que al cruzarse unen y llevan al corazón la tibia corriente de los sentimientos simpáticos y despiertan en la mente el sentido de que las convicciones, aún las más opuestas se equivalen, o se funden como las fuerzas de polos contrarios en una sola aspiración idealista que cumple su finalidad como aquellas, en esa fusión que las convierte en una sola, la única humanamente útil. Pero esa fe en sí mismo no es la vanidosa fe de la osadía, sino la fe en el esfuerzo realizado, en la completa certidumbre de seguir realizándolo, en la seguridad de tener el ánimo dispuesto para salvar los obstáculos que se opongan a su carrera; y así llegue a uno que lo detenga, como el deber consiste en persistir en la empresa sin preguntarse si es o no inútil aquel esfuerzo, el hombre cumple con la primera razón consoladora de su existencia, y quien cumple con su deber no puede caer en alardes de modestia. Quien da el fruto de su trabajo da lo que tiene, lo que le pertenece y hasta se admite que se enorgullezca defendiéndolo, no por la obra, que puede ser transitoria, sino por el esfuerzo, que es lo que justifica al hombre.

Un paréntesis.

El cronista se complace en atribuirle al príncipe la esencia de este discurso, no con el propósito de mostrarle a través de un reportaje y respondiendo a un formulario de preguntas baladís, sino como substancia de una entrevista en la que la conversación se ha enredado sobre cuestiones que surgieron por sí solas. Las ideas del príncipe a través de las de quien esto escribe podrán ser, unas, las mismas que él sustenta, las otras, aquellas que establecen el sabroso desacuerdo a que aludía Ortega y Gasset refiriendo sus largos paseos por



Príncipe van Holland-Rodenburg

tierras de España en compañía de su padre, caballeros en sendos burros.

Y se prosigue en la intención de mostrar que el visitante es alguien. Y si el deseo no se cumple, por ineficacia de medios, valga, para uno de los aspectos de aquella múltiple personalidad, los sonetos que reproducimos.

La mañana es una fresca mañana, radiante, de esta primavera anticipada. El común amigo hace rodar un disco en el aparato fonográfico. En su exaltación juvenil exclama el entusiasta de la causa federal: «Ahora oír una canción rosista». Y rueda el disco y reproduce la voz gangosa que se imagina renovar el eco ya apagado de otras épocas y otros hombres. Al final de la tonada se oye un lamento y un estertor y surge el grito: «¡Viva la santa federación! ¡Muera Lavalle!» Y como final: «Ahora que nos hemos puesto bien con el Ilustre Restaurador de las leyes, vamos a ponernos bien con Dios...»

El príncipe sonríe. Es hombre joven, de tez mate, ojos y pelo negro, rostro de rasgos acentuados y de expresión serena.

Suena un tango.

— ¡No, no! no crea; — entramos de lleno en comunicación con el príncipe — eso no es nuestro. Lo nuestro, como una reacción contra el tango que nos ha hecho dolorosamente famosos, lo nuestro, la canción típica del interior, los dulces lamentos santiagueños, las canciones cuyanas, las tonadas, todos los estilos criollos, los verdaderos, se están conociendo ahora, y ahora descubrimos que existen canciones argentinas en la Argentina, como lo ha hecho notar ingeniosamente un escritor nuestro.

— Tampoco lo que se da en Río como típico lo es. En todo el Brasil se cantan estilos que nadie recoge con la honrada fidelidad que les daría

su verdadero valor. Y lo que se pone de moda, es lo menos característico, y cuando mucho, conserva vagas reminiscencias de lo original. La tarea del folklore está por emprenderse seriamente, a lo que entiendo, aquí como allí.

Se habla del teatro nacional. El príncipe defiende reclamando un criterio de relatividad para juzgar una de las obras que ha visto, un éxito de cartel, y condena decididamente otra que surgió de una pluma diestra en otras manifestaciones del espíritu.

Después lee versos. Unos en castellano, otros en francés. Su idioma más cultivado es éste y su pensamiento no tiene, al expresarse en él, que solicitar ninguna concesión al léxico.

Pero no busca la justificación de su personalidad en estos trabajos. Aun en verso ha emprendido una tarea de más aliento, sin que ello signifique mayor gloria, ni por asomo, sino mayor muestra del esfuerzo, de ese esfuerzo a que aludimos al principio. Tal es el poema exegético sobre la génesis del Apocalipsis «Le jugement dernier», dedicado al papa Benedicto XV, y que mereció el aplauso del doctor José Carlos Rodríguez, decano de los periodistas brasileños. Tal el «Antiqua novissima», tratado de sociografía política universal, que prepara y no piensa tener terminado antes de cuatro años.

Los problemas más antiguos, que son los más modernos, — de ahí el nombre, — la unión de los sexos, por ejemplo, serán estudiados, pero en esta forma: Así como un hombre de ciencia, un médico, pongamos por caso, se encuentra en serios aprietos para dar a un público ignorante una idea clara y sintética de la anatomía del hígado, el príncipe van Holland-Rodenburg es médico desde 1909, recibió en la Universidad de Río de Janeiro, aunque estudió en la Sorbona y en Roma, sus exámenes los rindió en su patria; — todo aquel que desee desentrañar un problema y exponerlo en términos claros se ve en los mismos aprietos. El conocimiento no es el fardo de definiciones y nombres y la enumeración de fenómenos. El conocimiento es la idea sintética al alcance de todos, sabios o ignorantes.

— Por eso trabajo. Para establecer el pro y el contra. Mi tarea es impersonal porque la exhibición de la personalidad hace de quien lee, un enemigo. Mi trabajo pretendo que sea un esfuerzo. «De dónde vengo, por qué estoy y adónde voy», es la pregunta que pone en boca del alma mística de los rusos un escritor de su nacionalidad. Cuantos se hacen esta pregunta se investigan, e investigándose, estudian a los otros hombres y se remontan a las causas y a las finalidades y tienen el deber de dar el fruto de su esfuerzo. Es lo que procuro hacer. Podré estar equivocado, pero hice, me diré al irme, lo que pude, y habré cumplido con mi deber.

El cronista tiene la convicción íntima de que el príncipe van Holland-Rodenburg es alguien.

RODOLFO ROMERO.

L'ENVIEUX

Toujours sombre, fielleux; nouvelle convoitise
Tous les jours vient creuser, plus large et plus profond
En son âme, le gouffre où Lucifer attise
Le feu qui le dévore et qui le brûle au fond.

Le précipice affreux, aux éternels typhons
Sans cesse a ravir les flammes de hantise
Inassouvie, auberge d'inférieurs griffons,
Faméliques et noirs, dont l'aspect terrorise.

Ces tyrans aboyeurs, aux gueules écarlates,
Cavernes des mensonges vils, des calomnies,
De la louange fausse et dont l'orgueil se flatte,

Sont ses maîtres cruels, peuplant ses insomnies
D'obliques visions et de jaloux stigmates,
Au fer rouge marquant ses basses félonies!

LE HEROS AVEUGLE

Ah! Comme il se souvient encore! Et comme il souffre
De ce rappel au temps de son bonheur perdu!
Comme il voit, par l'esprit, dans quel horrible gouffre
Il ronge sa douleur, nuit et jour, éperdu!

Aveuglement, la guerre, un jour, l'a suspendu
Au-dessus de l'abîme noir, à bout de souffle;
Depuis, son cœur sanglant, au désespoir pendu,
Haït la gloire à ce prix, qu'un mensonge boursoffle!

L'angoisse qui l'étrangle et suffoque en silence,
Fait des clairs rayons de ce brillant soleil,
Souvenir des beaux jours où son esprit s'élance,

Retournant au passé, dans son cruel sommeil,
N'est qu'une mort vivante et fruit de violence,
Qui l'étouffe et le tue à chaque sien réveil!



Las LAVANDERAS.



«Mujeres que hasta hoy estabáis dedicadas a pisar, no fatiguéis más vuestros brazos, no madrugéis, dejando que el canto del gallo os anuncie inútilmente el próximo arribo del día. Ceres ha ordenado a las ninfas que os reemplacen en esa obra. En seguida, se lanzaron a lo alto de las ruedas para hacer girar el eje que, con la ayuda de los radios que le rodean, arrastra en su movimiento cuatro piedras de molino pesadas. Le edad de oro renace, pues, para nosotros, ya que sin trabajo y sin fatiga, gozamos de los dones de Ceres.»

Tal es, peor o mejor traducido, el primer canto feminista que la historia conoce. Lo escribió Antípater de Alejandría, cuando los primeros molinos hidráulicos comenzaron a substituir al bello sexo en las enojosas tareas de pisar o moler los cereales. Hay en ese entusiasta y pequeño himno una exaltación del espíritu caballeresco, un amplio sentido de la galantería y de la justicia. A pesar de tanta fe en el porvenir, el porvenir desmintió bastante los versos del poeta feminista: aun existen numerosas mujeres que madrugan para pisar los cereales. Es la herencia de nuestros remotos antepasados, de aquellas criaturas salvajes, primitivas, que con la menor cantidad de instrumentos supieron realizar la mayor suma de labor. Es una herencia que no tiene el beneficio de inventario; al que le toque debe aceptarla sin renuncias.

La mujer antediluviana sirvió penosamente al hombre, trabajando de rodillas. Así, en esa humilde postura, las esposas lavaron hirsutas pieles de oso y luego ásperos tejidos. El hogar, la molienda y el amasijo las doblegaron en continua genuflexión, mientras el hombre cazaba prójimos o brutos o, sentado sobre los calcañares, descansaba vigilante. Y el esposo acostumbró a ver en esa postura de la mujer un signo de reverencia y sumisión.

El trabajo de aguzar huesos y afilar la sílice, esto es, las tareas que el precavido temor imponía, hicieron que también el hombre trabajara de rodillas, y cuando el Gran Espíritu bramaba en la tor-

menta o los fascinadores ojos de los monstruos le anonadaron, tembló o murió de rodillas con la faz en tierra. Dios, el Dragón y el Rayo afeminaban instantáneamente el espíritu del guerrero esposo. Por eso, de rodillas inventó y formuló la plegaria ante el Misterioso Poder que, sentado sobre los calcañares, miraba impasible el ajeteo humano.

Por eso, estas mujeres lavan la ropa prosternadas ante el gran río, como si orasen con el fervor de quien espera algo de las alturas ignotas.

Y sin embargo, hace ya años, muchos, que las ninfas habitantes del vapor de agua y los gnomos de la electricidad recibieron la orden divina y se lanzaron «a lo alto de las ruedas para hacer girar los ejes que con ayuda de mil radios arrastran en su movimiento» todos los engranajes de las lavadoras mecánicas.

Cualquier poeta tocado de la galante manía feminista, hubiera podido entonar un canto triunfal en honor de las infelices lavanderas.

«Mujeres, — habría dicho, imitando los versos de Antípater, — no tenéis ya que ir de madrugada al río. Quedáis libres del sucio peso del fardo, de la fría caricia del agua y del ardiente castigo del sol. La Mecánica reemplazó el trabajo de vuestras manos encallecidas; la Edad de Oro vuelve a renacer, reos del gallo vago que os hace madrugar.»

«La mujer es la obra de la cólera de Júpiter, el rescate del fuego y su funesta oposición. Quema al hombre y lo deseca a fuerza de disgustos; hace suceder a su juventud una vejez prematura. Juno misma, desde su trono dorado, no se ocupa sino en dar inquietudes a Júpiter, quien más de una vez la arrojó de la mansión de los inmortales, suspendiéndola en medio del aire y de las nubes. Bien lo sabe Homero que ha descrito la cólera del padre de los dioses contra su esposa. Así, vosotros lo veis, ninguna mujer puede vivir en buena armonía con su marido, ni aquella misma que, bajo la

bóveda dorada de los cielos, reposa en los brazos de Júpiter.»

Estos piropos los firma Palladas, anticipándose a la opinión antifeminista de respetables varones. Comparad, lavanderas, tales palabras con las ya citadas del galantísimo Antípater, y comprendéis el porqué de muchas cosas incomprensibles.

En todos los oficios femeninos existen aun reminiscencias del pasado bárbaro, angustioso, que fué la vida de nuestros antediluvianos tataradeudos.

A la orilla del gran río amarillento, entre las turbias y pequeñísimas ondas de ese río que imita al mar, purifican las lavanderas los lienzos con que la humana raza cubre sus friolentas carnes. Parecen un cortejo de plañideras que aguarda el paso de la barquilla donde viene el cadáver de un cacique. Por vez primera, el gran jefe, el amo, recorre sin voluntad la corriente; su poder ha muerto, ya no manda imperiosamente a las mujeres de la tribu, a las esposas, a las madres, a las hermanas y a las hijas de la tribu. Están libres del capricho del último amo.

Pero no; al aproximarse a la orilla se ve que allí sólo hay un grupo de lavanderas. El cacique vive todavía; todavía hay que purificar ropa, mezquinando jabón.

Y las lavanderas, con sus manos acorchadas, blanquecinas, como manos de ahogado, amasan los trapos, los retuercen, y los tienden sobre la arena como una túnica de nieve.

Rudo oficio, trabajoso menester casero, ejercido bajo el sol que seca las ropas y las vidas. Castigo, penitencia, plegaria, de todo cuanto hace caer de rodillas a los fuertes débiles, hay en este trabajo que las lavanderas realizan mientras entonan una canturreo quejumbrosa, mansa, interminable, hecha con notas de amor y de resignación.

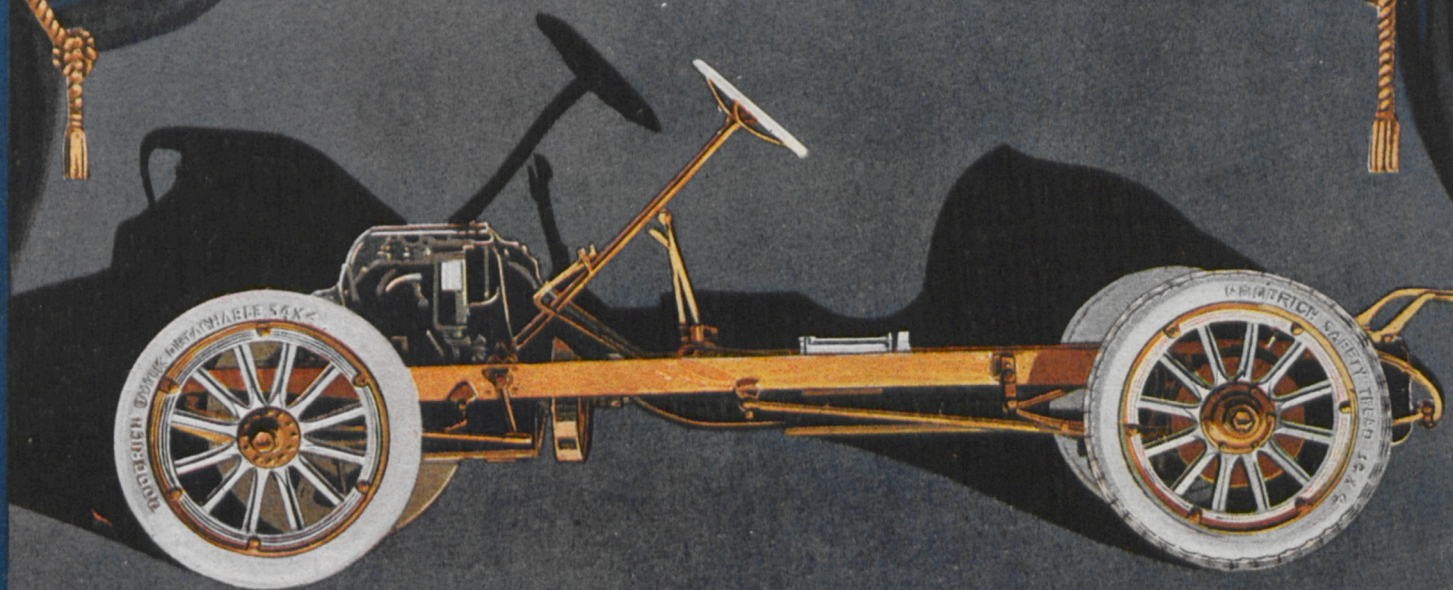
E. DEL SAZ.

"EL CHASSIS DE ORO"

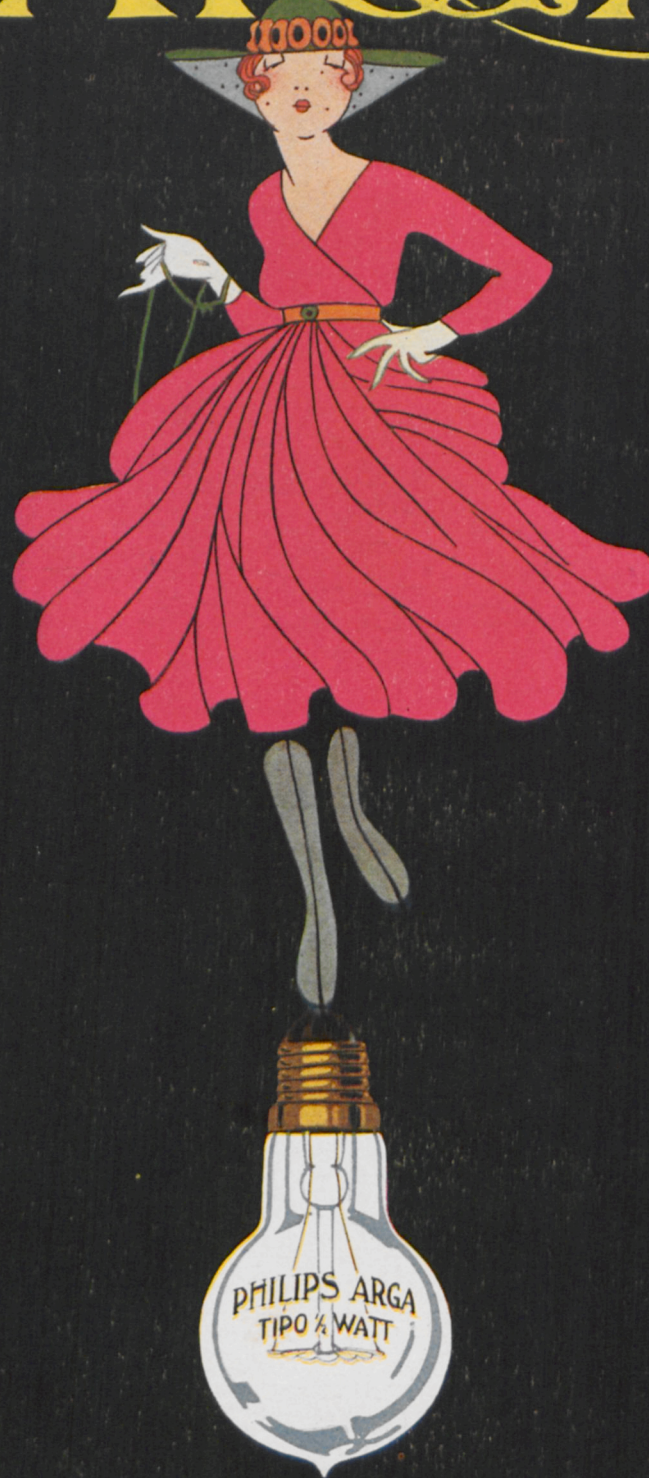
No deje de verlo; es único en el mundo
y está valuado en
cincuenta mil pesos.

D. B. RICHARDSON, REPRESENTANTE
AVENIDA DE MAYO, 1235

THE STUDEBAKER CORPORATION OF AMERICA



PHILIPS ARGA



LA MEJOR LAMPARA

SE VENDE EN TODAS PARTES

FABRICANTES:

PHILIPS' LIMITED, EINDHOVEN (Holanda)

UNICOS AGENTES:

BOSCO, VILA & MARZONI-BUENOS AIRES

Primavera



Plus Ultra



ESTIMOT
PREZIO